

La muerte es sólo el comienzo del viaje

Historias de mi hogar

JUANMA GUERRERO

Historias de mi hogar

Primera edición: 2025

ISBN tapa blanda: 9798268563665

ISBN tapa dura: 9798270942045

Nº Depósito legal: MU 1682-2025

© 2025 Texto e ilustraciones: Juanma Guerrero

© 2025 Diseño y maquetación: Juanma Guerrero

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi madre, ella siempre fue y será mi faro de guía en la oscuridad

CAPÍTULO 1

EL UMBRAL

"La muerte es una tediosa experiencia

para los demás, sobre todo para los demás

—Mario Benedetti

Era la madrugada del 28 de febrero de 2020; el silencio de la noche envolvía mi lecho en una quietud extraña. Eran las tres de la madrugada, y las campanas de la iglesia hicieron sonar la cuenta atrás en mi viaje.

Las calles estaban vacías; una suave brisa de invierno movía las ramas de los árboles. Las luces de las farolas y la fría humedad eran lo único que recordaba que allí existía vida detrás de cada puerta.

Para muchos hoy era el último día del mes, pero para mí hoy sería el último día de mi vida en este cuerpo. Aquella fecha llevaba semanas marcada en cada poro de mi piel. Siento que estoy preparada; no albergo miedos ni dudas, aunque querría más tiempo para estar con mi familia.

Una suave y cálida luz inunda cada rincón de mi habitación procede de una lámpara de sal que le compré a mi hijo. La tengo en mi mesita de noche, donde alumbra mi altar; aquí tengo a mis santos mis estampitas y todo a lo que me he agarrado estos meses para sobrellevar la enfermedad y pedirles su amparo. En mi mano izquierda tengo una figura de Santa Rita; la llevo todas las noches al dormir, y ella le pido que me ayude y me de fuerzas.

Santa Rita es conocida como la patrona de los casos imposibles y en esa situación me encontraba yo. Esta figura me la regalo Don Agustín, el párroco de mi pueblo. Es un buen hombre, siempre tan servicial. Ha venido a visitarme estos últimos días a casa y, antes de ayer, me dio la extremaunción; esto se concede a las personas que estamos a punto de morir.

Siempre he sido una persona muy creyente; he participado en todas las celebraciones de mi parroquia. Adoro la Semana Santa, he sido Presidenta de la Hermandad de mi Pueblo y, con orgullo me he entregado a todas las festividades, era algo que me gustaba mucho hacer.

He estado enferma de cáncer los últimos 18 meses, y este es el resultado que, aunque sabía era inevitable, me resistía a que llegara tan pronto.

Tengo 60 años y puedo decir que he tenido una vida plena aunque me han faltado muchas cosas por hacer.

Nací en una familia que, para la época en la que me tocó vivir me dio todo lo que podía y más. Mis padres se marcharon a Francia cuando yo apenas tenía un año, en busca de un futuro mejor. Corría el año 1960 y España seguía sometida a un régimen que controlaba con firmeza tanto la política como la vida cotidiana de la sociedad.

De pequeña era una niña muy revoltosa; siempre estaba haciendo trastadas, por lo menos eso es lo que decía mi madre. Era lista y aplicada en el colegio: sacaba siempre muy buenas notas, me encantaba hacer los deberes, llevar los mejores apuntes y ser la mejor de la clase.

Tuve una adolescencia bastante buena. Salía con amigas compartíamos confidencias y algún noviete también.

Estuve hasta los 18 años en Francia; luego volvimos a España porque mi abuelo se puso enfermo y mi madre debía hacerse cargo de su cuidado.

Trabajé en un bar que montó mi familia; era un negocio familiar lo llevábamos los cuatro miembros de mi familia: mis padres, mi hermano y yo.

En el bar conocí a Juan, el que hoy es mi marido. Al principio no me gustaba nada, y además era un chico que le gustaba chincharme, pero no sé cómo, de ahí se fue prendiendo la llama, y aquí sigo a día de hoy, con nuestros baches y complicaciones, pero siendo un pilar fundamental en nuestras vidas.

Tengo dos hijos, Juanma y Mónica, además de una nieta preciosa que ya tiene 11 años: Ainhoa. Ellos son el motor real de cómo me he enfrentado a la enfermedad estos meses.

Juanma es mi cuidador; es Auxiliar de Enfermería y, hace unos meses, ha venido a casa a estar conmigo. Dice que así está más tranquilo. Supongo que la vena de cuidador le venía en la sangre porque yo también acabé siendo trabajadora en una residencia de ancianos donde también trabaja mi hija.

Mi nieta Ainhoa y mi hija viven en casa conmigo. Siempre he sido el refugio para mi hija, porque inevitablemente ella se ha ido encontrando con personas que no la han tratado como ella merecía. Ha sufrido mucho, porque es una persona a la que le cuesta exteriorizar sus sentimientos, igual que a mí.

Después de todos estos meses, debo decir que, llegado el momento, no tengo miedo. Siento tanta paz; es como si todos los caminos de mi vida me hubieran llevado hasta aquí. Me encuentro rodeada de mis hijos y mi marido, en mi hogar, en mi cama, arropada por su amor.

Un día mi hijo me preguntó:

—Mamá, ¿no te da miedo la muerte? ¿No tienes miedo a que llegue ese momento? —susurró con voz temblorosa.

—Juanma, mi único miedo es que me necesitéis y yo no esté para ayudaros, no esté para vosotros, tanto para ti como para tu hermana, tu padre y mi nieta —respondí.

Esa era mi mayor angustia: pensar que mis hijos y mi familia estarían sin mí y yo sin ellos.

Siendo sincera, las últimas semanas mi cuerpo apenas ha respondido como debería hacerlo al tratamiento de cuidados paliativos. He perdido el apetito, no me hacen apenas efecto mis pastillas y el dolor es insoportable. Vivo estos días con mucha confusión mental, desorientada y abrumada.

Es por eso que hace dos días vinieron a casa unos ángeles; así es como yo los sentí: las enfermeras de la unidad de cuidados paliativos. Me pusieron una bomba con un cóctel mágico, que alivió todos mis dolores. Desde entonces, me he sumergido en un sueño tan placentero y agradable que llevo más de veinticuatro horas dormida pero en total calma.

Siento todo más que nunca; es como si mis sentidos estuvieran cada vez más despiertos. Ya no siento dolor, solo me inunda un profundo amor y agradecimiento por la vida que he llevado.

Noto que mi cuerpo, esa carcasa que he usado estos años ya no me acompaña. Apenas puedo respirar, oigo todo, siento todo; mis hijos y mi marido me toman por las manos y los oigo llorar. Sé que se acercan en momento de abandonar mi cuerpo.

Los oigo decir que me quieren, que descanse, que he sido una buena madre, que gracias por todo.

Hago un último esfuerzo, abro mis ojos, y ahí están. Los veo rodeándome con su amor. Los miro uno por uno, tratando de que este momento sea eterno. No puedo hablar, pero les hablo desde el corazón, con un amor infinito que brota desde mi alma. Estoy tan agradecida que en mis labios se dibuja una sonrisa; soy feliz.

Exhalo mi último suspiro; todo el peso y el dolor desaparecen. El tiempo se detiene; es como que no existiese una línea temporal clara. Ya no siento mi cuerpo, solo la pesadez de mis párpados cansados al cerrarse. Un fundido a negro.

Noto como si mi alma desnuda flotase en un mar invisible y desde allí es llevada hacia un sendero de luz que me brinda su acogida.

Estoy tranquila, porque algo dentro de mí despierta; es como un conocimiento que permanecía olvidado hasta este momento: es E

Hogar de Almas, la vuelta a la fuente.

No sabría decir si sigo en la Tierra o si estoy a años luz de ella. Todo esto es nuevo para mí, pero al mismo tiempo siento la certeza de que ya he estado aquí antes.

La luz lo envuelve todo, no una luz cegadora, sino una claridad serena y acogedora con colores tan intensos que cada uno de ellos que irradian una pureza y paz que hacen estremecer.

No hay sol, no hay luna, ni nubes; solo un cielo inmenso donde se une la tierra con el horizonte.

Escucho voces y sonidos, pero no son palabras que puedan ser escuchadas desde los oídos: es algo que siento en mi interior.

Oigo como si me llamaran:

—Josefina, Josefina, bienvenida, has vuelto al fin.

Apenas puedo distinguir nada; es más una sensación de familiaridad y la certeza de que he vuelto a mi hogar.

CAPÍTULO 2

EL ATRACÓN DE CEREZAS

"J'aimerais toujours le temps des cerise.

et le souvenir que je garde au coeur.

—Jean-Baptiste Clément

Carcassonne, 10 de junio de 1961. Los primeros rayos de sol se colaban a través de las antiguas ventanas de madera. Un nuevo amanecer se asomaba tímidamente entre las cortinas de puntilla que Plácida terminó de coser el día anterior. Hoy no es un día cualquiera es el primer cumpleaños de Josefina en Rustiques. Tan solo llevar un año instalados en Francia, pero ya estaban la mar de integrados en el pueblo.

Plácida bajó las escaleras de la antigua casa de puntillas intentando no hacer ruido. No quería despertar a Josefina todavía. Fue directa a la cocina, encendió el fuego y comenzó a preparar el desayuno para su marido.

Cogió la leña que José le había dejado preparada el día anterior la colocó en la estufa con la yesca y las ramitas secas, alcanzó las cerillas que estaban sobre la repisa y encendió una.

La acercó a la yesca, que enseguida prendió. Calentó leche puso una cafetera al fuego y preparó unos huevos revueltos, el desayuno favorito de José.

Cuando Plácida estaba sirviendo el desayuno, José bajó las escaleras y le dio un cálido abrazo a su esposa.

—Buenos días, Plácida. ¿cómo has dormido? Anoche te noté muy inquieta —preguntó José.

—He pasado mala noche. Me levanté dos veces corriendo al baño a vomitar, y luego no podía dormir, dándole vueltas a la cabeza —respondió Plácida.

—¿Te sentó mal la cena? —preguntó José.

—No creo que haya sido la cena, José, ni nada que haya comido. Mejor siéntate, tenemos que hablar —dijo, mientras tomaba una silla y se sentaba.

—¡No me asustes, Plácida! —exclamó José.

—Tengo una falta de dos meses y me noto como más hinchada...Creo que estoy embarazada —dijo ella en voz baja, mirando al suelo.

—¿De verdad lo piensas? —respondió él, sorprendido tomándola de las manos.

—Sí, lo presiento. No es solo una falta...Es mi cuerpo. Esto ya lo sentí cuando estaba embarazada de Josefina —dijo ella.

Él se quedó unos segundos en silencio, observando cómo el viento movía las cortinas que Plácida había colgado el día anterior.

—No te preocupes cariño. Saldremos adelante. Ahora tengo mucho trabajo aquí en la campiña. En breve empieza la vendimia y ganaré dinero suficiente para los cuatro —dijo. En su mirada podía verse la ilusión y la esperanza de que todo iría bien.

Plácida se abalanzó sobre José y rompió a llorar.

—Gracias cariño. No sé qué haría sin ti. Siempre le ves la parte positiva a todo—dijo entre lágrimas.

Se abrazaron, y en ese momento se oyó un estruendo de pasos y gritos.

—¡Papá, papá! ¡No te vayas sin darme un beso!—gritaba Josefina con su particular acento y su lengua de trapo mientras bajaba las escaleras de la casa.

—Ven aquí, capullito de alelí—dijo José, tomándola en brazos y dejándola sobre sus rodillas.

—¿Sabes qué día es hoy, Josefina? —le preguntó su padre— Hoy es tu cumpleaños: la reina de la casa cumple ya 2 años.

—¿Y que me pases a gregalar? —dijo ella entusiasmada.

—¿Te gustaría tener un hermanito? —le soltó su madre por sorpresa.

—¡Un hermanito!—gritó ella entusiasmada.

—Sí cariño. En unos meses tendremos otro revoltoso por aquí dando vueltas —le contestó su padre.

Josefina se bajó de un salto y empezó a correr alrededor de la mesa, cantando y gritando de alegría, mientras José y Plácida se miraban y sonreían al ver cómo empezaba ese nuevo día.

De repente, José miró su reloj y se exclamó:

—¡Madre mía, Plácida! Se me ha hecho muy tarde. Con tantas emociones no me había dado cuenta de que son casi las 8 de la mañana —dijo mientras engullía el desayuno y se bebía la leche de un trago.

—Capullito de alelí, en la tarde estoy aquí contigo para soplar las velas —dijo José, mientras salía de casa cerrando la puerta tras de sí.

Mientras tanto Josefina siguió dando vueltas y cantando por la cocina de la casa.

El día transcurrió con normalidad. Plácida se metió en la cocina a preparar la comida y la tarta para que, cuando su marido volviese de trabajo, pudieran celebrarlo junto con el amo de la campiña y su mujer. Se dispuso a hacer pollo en salsa que era su especialidad.

Tenía todos los ingredientes a mano: el pollo era tierno y fresco de su corral; las zanahorias y la cebolla de su huerto; y las almendras de la cosecha del año anterior.

Siempre decía que el secreto está en la salsa, en picar bien las almendras y en añadir el caldo justo.

Cuando tenía todos los ingredientes en la cazuela y puestos en la estufa, se dio cuenta que no oía a su hija desde hacía un rato. Miró por la cocina, pero no la vio.

Subió al piso de arriba, y tampoco estaba. Empezó a ponerse un poco nerviosa. No era la primera vez que la aventurera se salía de casa y se perdía por la campiña.

Mientras tanto, Josefina se había ido a su lugar favorito. Frente a la casa, al final de un sendero de fina hierba, había un huerto de frondosos cerezos que, en estas fechas ya daban sus primeros frutos. A pesar de su corta edad, se las ingeniaba para salir de la

casa, cruzar el sendero y acabar bajo las ramas de los árboles que se doblaban hasta casi tocar el suelo por el peso de las cerezas.

Josefina se metió en el centro de uno de los árboles y allí se dispuso a comer su fruta favorita.

—Una, dos, tregs, cuato, cinco, sei, siete, ocho, nueve, diehs..
—contaba mientras comía.

Siguió comiendo muchas más, aunque solo sabía contar hasta diez. Con las primeras cerezas fue mas fácil,; iba despacio y aunque le costaba separar el hueso, lo iba logrando. Pero sus ansias y entusiasmo fueron creciendo, y los huesos restantes de cerezas acabaron en su estómago.

Plácida salió al portal de la casa y no tuvo que buscar mucho. Tras los primeros pasos en el sendero, a lo lejos vio las piernas de Josefina asomar debajo de las ramas de los cerezos.

Era una imagen cómica: el árbol tan frondoso y las regordetas piernecitas asomando por debajo, creyéndose invisible al resto de mundo.

—¡Señorita! ¿Será posible el susto que me has dado?—le gritó Plácida—. Yo buscándote como una loca por la casa y tú, aquí afuera.

—¡Mamá! Estoy comiendo seresas. Están muy guenas—dijo Josefina entusiasmada.

—Muchacha, imira cómo te has puesto! Pero si vas toda llena de chorretadas... Además ¿dónde están los huesos de las cerezas? ¡Eres muy pequeña para comerlas!

—Me lo trago. El papa también se los trago—soltó Josefina con una cara muy seria.

—Jajaja... Ya verás tú cuando venga tu padre y se lo contemos. Anda, vamos a terminar la comida y la tarta, y a limpiarte un poco —dijo Plácida mientras se agachaba y tomaba en brazos.

Volvieron a la casa. Plácida duchó a su hija en un barreño —no tenían ni bañera ni ducha—, que era la manera de ir limpios. Secó a la niña y le puso un vestido blanco de ganchillo. La peinó, y juntas bajaron a la cocina a terminar de cocinar la tarta de Josefina.

La mesa estaba servida, todo listo y preparado para que cuando José y los invitados llegaran el banquete pudiera comenzar. No era una mesa llena de manjares, pero estaba hecho con amor y con la comida que ellos mismos habían cultivado y preparado.

Tras un duro año en el que se habían mudado desde España a Francia en busca de un futuro mejor para la familia, parecía que ya empezaban a asentarse. Cada día se sentían más integrados en la cultura y el lugar.

—Toc, toc— llamaron a la puerta.

—Somos Marie y Jean Louis—dijeron desde afuera.

Eran los amos de la finca en la que trabajaban, así los llamaban. Una pareja de sexagenarios, sin hijos, que tenían muchas fincas agrícolas de vid y árboles frutales, así que necesitaban mucha mano de obra para poder llevar a cabo el mantenimiento y cosecha de sus tierras.

—Un momento, ¡voy! —dijo Plácida mientras se dirigía a abrir la puerta.

—Bonjour, comment va la fille qui fête son anniversaire?—dijo Marie con una amplia sonrisa.

—Nous vous apportons un cadeau—añadió Jean Louis mostrando un paquete a la niña.

Josefina salió corriendo y tomó el regalo de sus manos.

—¿Qué se dice, Josefina?—dijo Plácida

—Mercy—respondió ella, y se fue a abrir su regalo.

—Gracias por el detalle—dijo Plácida—. Pasad y sentaos. José está al llegar.

Mientras Plácida cerraba la puerta, una mano la detuvo: era José, que llegaba en ese momento.

—Buenas tardes. ¿Están cerrando ya y no llego a tiempo?—dijo José en tono cómico.

—Claro que hemos cerrado ya —respondió Plácida—, pero para ti haremos una excepción.

Entraron y fueron tomando asiento. José fue a lavarse las manos y, al volver, vio a Josefina jugando con una muñeca.

—¿Quién te ha regalado esa muñeca? —le preguntó su padre.

—Marie y Jean. ¿Te gushta? Se llama Lina — respondió Josefina

—Es muy guapa, como tú —le dijo José—. Anda vamos a la mesa a comer.

Se fueron sentando todos en su sitio y disfrutaron de la comida. El pollo en salsa estaba riquísimo, a todos les gusto la salsa y pedirían más pan para mojar en la salsa.

De postre Plácida sacó una tarta de cerezas —uno de los postres favoritos de Josefina— y contó la anécdota de los huesos.

—Josefina, cuéntale a tu padre dónde has estado hoy y qué has hecho —dijo Plácida con una sonrisa pícaro.

—¿Yo? Nada... Me fui a los serenos —respondió Josefina encogiéndose de hombros.

—Después de buscarla un rato no la encontraba, salí a la calle anduve por el caminito y la encontré bajo los cerezos. Solo se le veían las piernas asomar, ¡una escena de risa!

Me la encuentro con todas las manos rojas y el vestido lleno de lamparones, y le pregunto: “¿Dónde están los huesos?”. Y me dijo que se los ha tragado... ¡como el papá!

—¡Jajaja!—rieron todos. —Josefina se puso roja y rio con ellos.

—Eso es verdad —dijo José riendo—. Una vez se lo dije en broma, que me los tragaba... y ahora ella ya lo ha tomado como una norma.

Plácida puso la tarta en el centro de la mesa, tomó unas cerillas y encendió las velas. Josefina se subió encima de las rodillas su padre y comenzaron a cantarle:

—iiiJoyeux anniversaire, joyeux anniversaire, on te le souhaite joyeux anniversaire!!!... —entonaron todos.

—Sopla las velas Josefina—dijo José, a su hija.

Josefina sopló fuerte y apagó las velas de un solo intento.

—¿Has pedido un deseo?—Le pregunto Marie.

—Voy a tener un hermanito—soltó Josefina con alegría.

—¿Eso es cierto, Plácida? —preguntó Marie sorprendida.

—Todo apunta a que sí. Llevo un par de meses con falta, y los síntomas son claramente de embarazo. Así que, si Dios quiere, el año

que viene seremos uno más —dijo Plácida, llevándose las manos al
vientre con ternura.

—Enhorabuena a los dos—dijo Jean Louis, alzando su copa y
brindando por ellos.

—¡Viva, viva, vivaaa! —gritaba Josefina, levantando las manos.

La ilusión y la alegría flotaban en el ambiente. Todos
celebraban. Era una imagen idílica: una familia que comenzaba una
nueva vida.

CAPÍTULO 3

EL LIBRO DEL ALMA

"Cada libro, cada tomo que ves, tiene alma

El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo

leyeron y vivieron y soñaron con él.

—Carlos Ruiz Zafón

Atrás queda mi cuerpo, y a pesar de eso, me siento más viva que nunca, más conectada a la vida de lo que nunca he estado. No siento miedo, no tengo frío ni dolor, tampoco experimento ninguna de las emociones más densas que se cree que podría sentir.

Solo puedo definir con una palabra lo que siento: amor. Un amor que me guía por este proceso. Mi conciencia y mi alma se separan de mi cuerpo y paso de lo visible a lo invisible.

Sigo esas voces que me llaman y me resultan familiares. Las oigo pero no con los oídos, sino dentro de mi cabeza, de mi propio ser.

Al fondo reconozco una luz. Es un resplandor sin forma, sin tiempo, sin identidad. Me uno a esa luz.

Desde la luz comienzo un viaje que no puedo definir con los parámetros del tiempo que tenemos en esta dimensión. Aquí no existe ni pasado, ni presente, ni futuro.

Aparezco como en un claro o un valle, sin montañas, sin luna ni sol, pero todo está iluminado.

Avanzo y comienzo a caminar. Siento la hierba fresca bajo mis supuestos pies, pero no tengo una forma física definida. Puedo notar todas las sensaciones físicas; se me hace raro y a la vez emocionante. No tengo cuerpo, ni brazos, ni piernas, ni nada. La sensación es como si fuese invisible.

Continúo caminando por este valle, siguiendo las voces que me llaman. A lo lejos veo unas formas acercarse. No puedo definir sus caras ni sus cuerpos, pero me llaman, y siento que los conozco.

Una de ellas se separa del resto y viene a mi encuentro.

—Josefina, bienvenida de vuelta a tu hogar. Por fin estás aquí. Seré tu guía, al igual que lo fui cuando estabas viva. Nos conoces como guías, ángeles o arcángeles—dijo mi guía.

Cuando estaba encarnada, no sabía de su existencia como tal aunque sí podía sentir cómo algo —o alguien— me protegía. Ese ángel de la guarda, como suelen decir.

Los guías son entidades espirituales que te apoyan y orientan durante tu crecimiento personal y espiritual. Esa intuición o esa respuesta que sabes que es así, aunque no sepas cómo ha llegado a ti... pues viene de ellos. Pueden ser seres de luz, ancestros, ángeles maestros ascendidos.

Frente a mí se encontraba uno de mis guías. Era un ser que a pesar de no tener una forma física como estamos acostumbrados a ver irradiaba belleza y amor, y me hacía sentir como que ya lo conocía.

—Bienvenida Josefina. Supongo que ha sido duro el descarnar de tu cuerpo físico, pero aquí podrás encontrar todas las respuestas que andas buscando antes de trascender o volver a encarnar tu alma.

—Gracias, por escucharme. Me ha ayudado mucho encomendarme a ti cada noche, y saber que, a pesar de todo, esto tenía que ser así. Mi intuición me decía que este era mi destino y el legado que tenía que dejar a mi familia—dijo con tranquilidad.

—Aquí, vas a poder hacer una revisión de vida antes de poder continuar con tu viaje. Esta revisión no tiene un orden lógico, ni cronológico.

Podrás ver como espectadora, etapas y momentos de tu vida para comprender y analizar —sin juzgar— las acciones que realizaste. Todo lo que hiciste, las decisiones que tomaste y cómo afectaron a tu vida... pero todo esto desde el amor y el aprendizaje para tu alma. Aquí no se juzga si está bien o está mal—dijo mi guía.

Mientras decía esto, se empezó a materializar una especie de libro gigante, que él, con sus manos llenas de energía, me entregó.

—Toma. Este es el libro de la contemplación del alma, el tapiz de tu vida. A través de sus páginas, podrás acceder a momentos de tu existencia y revivir sus historias. Al acabar la revisión de vida, será el momento entonces de decidir tu trascendencia—dijo el guía.

—¿Y ahora qué hago? ¿Cómo lo uso? —pregunté.

—Al abrir el libro transparente de tu existencia, en cada página no encontraras recuerdos, sino verdades iluminadas por la luz de la

eternidad. Ahora es el momento de tu alma. Cuando vuelvas a necesitarnos, estaremos aquí. Mientras tanto, este camino te pertenece solo a ti —dijo el guía mientras se desvanecía.

—Pero...espera, tengo más preguntas. ¿Dónde está mi familia? Me refiero a los que ya han trascendido... mi padre, mis abuelos...

—Aun no estás preparada. Cuando lo estés, te lo haremos saber

Allí me quedé, sola, con el libro en mis manos. Me dispuse a buscar un buen lugar en donde comenzar la contemplación de mi vida.

A lo lejos, vi una piedra solitaria. Era plana y amplia. Me recordaba a un altar olvidado por el tiempo. Los bordes desgastados parecían dibujar símbolos invisibles. Rodeada por la inmensidad del paisaje la piedra parecía unir el cielo con la tierra.

Puse el libro sobre la piedra y me dispuse a abrirlo por la primera página. En cuanto lo abrí, las páginas comenzaron a pasar y moverse solas hasta que se pararon en una, allí me dispuse a mirar... (a leer, pero no con los ojos, sino con el alma.

Me sumergí en las imágenes, como si de una pantalla de cine se tratara y me sentí reviviendo y observando lo que en ellas se contaba.

CAPÍTULO 4

UNO MAS EN LA FAMILIA

"La familia es como las ramas de un árbol

cada uno crece en su propia direcció

pero las raíces son siempre las mismas.

—Anónimo

Nunca olvidaré el 17 de noviembre de 1961. No por los hechos históricos, sino porque ese día nació mi hermano Elías.

Mis abuelos Francisco y Plácida vinieron desde España para acompañarnos y ayudar a mis padres en aquel momento.

Mi abuela Plácida era una mujer de apariencia seria, siempre muy recta y responsable. Tenía un temperamento un poco duro y seco pero era muy buena. Había trabajado siempre en el campo, en la agricultura, y también hacía encaje de bolillos y puntillas.

Mi abuelo Francisco, en cambio, era un hombre más campechano y bonachón. Rara vez se enfadaba. Era muy delgado y alto, siempre con buen talante.

Con ellos me dirigí al hospital para conocer a mi hermanito. Esa madrugada mi madre se había puesto de parto y mi padre se la llevó a hospital en el único coche de la familia.

El hospital estaba un poco lejos, así que nosotros tuvimos que tomar un autobús para llegar a Carcassonne. El viaje se hizo largo porque, al ser fiesta nacional, había menos transporte público.

Después de más de una hora de espera en la parada y el trayecto en autobús —sumado que mis abuelos apenas hablaban francés—, por fin logramos llegar.

Entré al hospital cogida de la mano de cada uno de mis abuelos. Lo primero que sentí fue el fuerte olor a desinfectante.

Curiosamente, ese olor me gustaba, igual que el olor de la gasolina. Siempre he sido un poco especial para los olores.

Mis abuelos se acercaron al mostrador de información para preguntar por el número de habitación. A duras penas lograron entender lo que decía la recepcionista.

—¿Te has enterado, Francisco, de lo que ha dicho la chica? —preguntó Plácida.

—Solo he entendido que está en la habitación 304... trua sar catre. Vamos a ver allí —respondió mi abuelo.

Mientras nos acercábamos a la habitación, sentí cómo se me aceleraba el pulso. Tenía tantas ganas de conocer a mi hermano. En mi cabeza surgían preguntas sin parar: ¿cómo será? ¿Jugará conmigo? ¿Llorará mucho? ¿Nos llevaremos bien?

Llegamos a la habitación 304. Mis abuelos abrieron la puerta y allí estaban mis padres. Mi madre, acostada en la cama, sostenía algo entre sus brazos; mi padre a su lado, sentado en una silla.

La habitación era luminosa. Había dos camas de hierro articuladas, aunque solo una estaba ocupada. A los lados, dos mesitas un poco destartadas, que parecían haber conocido tiempos mejores.

—Buenos días, ¿cómo estáis? ¿Cómo está mi nieto? —dijo mi abuelo.

—Buenos días, suegro. Mírelo usted mismo; ahora mismo lo tiene su hija en brazos, está intentando enganchar al crío para empezar a mamar —respondió mi padre.

—Mire papá, es muy pequeño... pero parece que viene con ganas de comer —dijo mi madre sonriendo a su padre.

—Hija, ¿y tú cómo estás? ¿Ha sido muy largo? —preguntó mi abuela.

—Pues no quería salir, mamá. Han sido unas cuantas horas pero al final el medico lo sacó —contestó mi madre, cansada pero feliz.

Yo contemplaba la escena impaciente, esperando que alguien me dejara acercarme a ver a mi hermanito.

—Josefina, ven, cariño, acércate —me llamo mi madre haciéndome un gesto con las manos—. Mira, este es tu hermano Elias.

Me acerqué con gesto de sorpresa e intriga. Era tan pequeño.. Tenía el pelo muy rubio, casi blanco. Apenas podía abrir los ojos, y entre sollozos, intentaba coger la teta de mi madre. Tenía unos dedos tan pequeñitos.

—Hola Elie. Soy tu hergmana Josephine. ¿Vas a jugar conmigo? —le dije, cogiéndole de su manita.

—Creo que aún es un poco pequeño para eso, Josefina—respondió mi padre riendo.

Pasamos el resto de la mañana allí, acompañando a mis padres y a mi hermano. En unos días volverían a casa y, por fin, yo podría jugar con Elías y tener a mis padres conmigo.

Al llegar a casa, hubo algunos cambios. Con la llegada de mi hermano, me compraron una cama y me dieron mi propia habitación.

Mi cuarto tenía una cama, una mesita, un pequeño armario y un alféizar en la ventana. La verdad es que estaba acostumbrada a dormir con mis padres, pero me hizo mucha ilusión tener mi propio espacio.

Mi hermano dormía en la habitación con mis padres. Como era tan pequeño, al principio dormía dentro de un cajón.

—Allí estaba más resguardado —decía mi madre.

Yo, para que creciera más rápido, le echaba comida dentro de cajón.

—Josefina, ¿qué es esto? ¿Qué tiene tu hermano aquí? ¿Esto se lo has echado tú? —preguntó mi madre un día.

—Sí, mamá. Era para que se hiciera grande pronto y pudiera jugar conmigo —respondí con inocencia.

—Pero él es muy pequeño aún para jugar contigo... y mucho menos para poder comerse estos chuscos de pan duro que le has puesto aquí —rió mi madre mientras me lo decía.

Los primeros años, mi madre se quedaba en casa para cuidar de mí y de mi hermano. Yo siempre quería imitarla y hacer cosas de mayores. Cuando la veía cosiendo o remendando los pantalones de mi padre, me entraban muchas ganas de aprender.

—Mamá, ¿me enseñas a hacer eso? —le preguntaba.

—Eres muy pequeña y te vas a pinchar —me respondía.

—Yo aprendo, por favor.
—Ya verás cómo te pinchas...

Mi madre cogió el hilo y la aguja, los enhebró y me dio un trapito para que yo empezara a practicar.

Llevaba un buen rato intentando dar alguna puntada, pero lo único que hacía era pincharme los dedos. Mi madre me miraba por encima de las gafas y se reía al escucharme:

—¡Ay, ay, Ups...! ¡Me he pinchao!
—Te lo estaba diciendo, hija... pero como eres tan cabezota —decía riendo.

Al cabo de unos días, después de más intentos, ya aprendí a coser con apenas 4 años. Era muy perseverante, y si me proponía hacer algo, lo acababa logrando.

Como siempre estaba en casa, a veces me aburría mucho y me inventaba muchos juegos en mi imaginación. Un día jugando en la cocina, tenía a mi muñeca Lina en lo alto de una balda y decía que estaba en su balcón, como Julieta esperando a Romeo.

Pues allí que llegué yo, dispuesta a trepar el balcón. Pisé un tronco que había puesto en la estufa y, con tan mala suerte, tiré la olla con la comida encima de mis piernas. Romeo había quedado abrasado por el dragón.

—¡Ayyy, ayyy, ayyy! —mis gritos se oyeron por toda la campiña.

Mi madre, que estaba tendiendo la ropa fuera, vino corriendo a ver qué había sucedido.

—¡Madre mía, Josefina! ¿Que has hecho? ¡Ay, por dios! ¡Te has escaldado como un pollo!

Al principio era el susto, pero conforme se me pasaba, empecé a sentir como me ardían las piernas.

La olla de caldo se había derramado encima de mis piernas quemándome entera.

—¡Auu, mama, me duele! —lloraba desconsoladamente.

—Vamos hija... te lo digo siempre, que lleves cuidado...—mi madre me cogió en sus brazos, me envolvió en una toalla y me sentó en una silla —.

Espera aquí, voy a llamar a tu padre para que te vea un médico.

Unos días más tarde, ya en casa y convaleciente, estaba con mis piernas vendadas. Las quemaduras, por suerte no llegaron a ser muy graves. Me vendaron y mandaron una crema para las curas.

Si antes me aburría, ahora aún más. Tenía 6 años, no iba a colegio porque mis padres trabajaban y no podían dejar a solo mi hermano, y esperaban a que él tuviera edad para que fuéramos juntos al colegio.

Así que esos años de espera, aprendí a leer. Al principio cogí revistas y periódicos y me entretenía con ellos. Un día me compraron un libro: La ratita presumida. Y, no sé cómo, pero de tanto intentarlo aprendí a leer sola, en casa.

Al terminar el verano de 1966 empezaba el nuevo curso. Yo estaba la mar de ilusionada porque, por fin, podría ir al colegio. Tenía muchísimas ganas de conocer a mis compañeros, hacer amigas y aprender muchas cosas.

La verdad que me gustaba estar en casa y estar con mi hermano, pero, como mis padres trabajaban la mayor parte del día me tenía que quedar yo sola a su cargo, y eso era mucha carga para una niña tan pequeña, demasiada responsabilidad.

Los primeros días de septiembre, antes de que diera comienzo el curso, mis padres nos llevaron a Carcassonne, a una boutique, a comprarnos todo lo necesario para empezar.

A mi me compraron una cartera marrón que se cerraba con unas anillas metálicas muy chulas y un abrigo rosa con botones blancos para el frío del invierno. A mi hermano una cartera negra y un abrigo azul marino.

La noche anterior al primer día de colegio apenas pegué ojo estaba tan entusiasmada y contenta por empezar...Me levanté antes de que mi madre nos despertara y bajé las escaleras ya vestida y peinada. Llevaba una trenza larga, porque querían que me dejara el pelo largo para la comunión. La verdad es que estaba harta del pelo largo y deseaba poder cortármelo cuando quisiera.

—Buenos días, Josefina, qué madrugadora estás hoy—dijo mi madre.

—Buenos días, mamá. Es que estoy tan ilusionada que no he podido dormir, por si se me hacía tarde —respondí yo.

—Pues tarde seguro que no se te va a hacer. Son las seis y media de la mañana; aún falta una hora para que empiecen las clases. Te va a dar tiempo a desayunar y hasta a aburrirte —espetó mi madre.

—Bueno, mientras me arreglo la mochila y le digo al hermano que se vaya preparando...—contesté.

Desayuné rápido, fui a la habitación y desperté a mi hermano.

—Vamos, Elías, despierta que se nos va a hacer tarde—dije.

—¡Uf, Josefina, qué pesada eres! Ahora me levanto... Voy ya—respondió él, dándose la vuelta.

A las siete y media salimos de casa camino al colegio. Estaba cerca y, por el camino, iba viendo cómo los demás niños se incorporaban a nuestra particular procesión de mochilas rumbo a las clases.

Mi primer día fue muy divertido. Los profesores estaban entusiasmados conmigo y alabaron que ya supiera leer y hacer tantas cosas, pues tenía siete años y no había ido nunca al colegio, todo lo aprendí en casa.

Allí conocí a muchas compañeras y me hice amiga de una niña que se llamaba Brigitte.

Me lo pasaba muy bien con mi amiga Brigitte. Nos encantaba disfrazarnos y pintarnos con las pinturas y maquillaje de su hermana.

Jugábamos a ser señoras con vestidos largos de su madre.

—Bonjour, j'aimerais prendre du thé—le decía y contoneándome.

—Bien sûr, madame, Venez avec moi sur la Terrasse—respondía Brigitte.

Su hermana era nuestra cómplice: nos pintaba y maquillaba como puertas, y nos vestía con los vestidos de su madre. ¡Qué bien lo pasábamos!

Un día, desde el colegio informaron a mi madre de que debíamos hacernos una revisión, porque yo nunca veía nada de lo que el profesor escribía en la pizarra. Recuerdo que, cuando me pedían leer lo de la pizarra, solo veía patas de mosca.

Al final nos hicieron la revisión oftalmológica a mi hermano y a mí, y los dos acabamos con gafas.

En realidad, siempre me gustaron; me daban un toque de intelectual y lista.

CAPÍTULO 5

MENSAJES EN SUEÑOS

"La vida de los muertos perdura

en la memoria de los vivos

—Cicerón

Inmersa en esta visión panorámica del alma, mirando y reviviendo todos estos recuerdos que brotan desde este libro y cobrar vida como si los estuviera experimentando otra vez, comprendo ahora que tuve una infancia plena y que, a pesar de las circunstancias, mis padres hicieron conmigo lo mejor que sabían y siempre desde el amor.

Desde aquí puedo sentir todo lo que mi familia está viviendo tras mi partida. Están en pleno duelo; los veo angustiados y preocupados, sumidos en un dolor que desearía que no existiera. Me gustaría hacerles llegar que yo estoy bien, que me encuentro plena que no siento dolor.

Estar aquí es sentir que he vuelto a donde una vez ya estuve.

Les hago saber a mis guías que los necesito. Y entonces siento cómo ante mí aparece mi guía maestro.

—Por favor, necesito de alguna manera ponerme en contacto con mi familia, decirles que estoy bien, que todo está bien.

—Sabes que eso es imposible. La densidad del planeta Tierra es tal que no podrían verte ni oírte —respondió mi guía maestro.

—Pero debe de haber alguna forma... —insistí.

—Existen otras maneras de contactar con el plano terrenal. Puede ser a través de personas que tengan abiertas sus capacidades y que estén receptivas a los mensajes que les envíes. Quizás también a través de los sueños; cuando la persona duerme, su vibración nos permite adentrarnos y dar un mensaje.

—¿Quieres que te lo muestre?

—Vale... explícame —le pedí.

—Ven, te contaré mientras te llevo al lugar indicado—dijo mi guía.

Me mostró una fuente, como una pila bautismal, de cuyas aguas emanaba una luz tan brillante que era imposible describir su verdadero color.

—Esta fuente es un portal que te conecta con los vivos, con el plano terrenal. Desde aquí podrás mandarles señales en formas que

solo ellos y tú seréis capaces de interpretar y descifrar. Ten en cuenta que las personas poseen cierta densidad por su cuerpo físico y eso dificulta la comunicación con ellos, pues nosotros somos energía, luz una conciencia mayor. Si no están preparados no lo percibirán —explicó el guía mientras vertía el agua—. Aquí manifiestas a quien deseas ver. Las aguas te llevarán, a través del cauce de los sueños hasta la persona que necesite de tu consuelo —finalizó.

Me acerqué con curiosidad a la fuente. Al mirar en sus aguas vi a mi hijo y a mi madre, y sentí su llamada. Se que estaban receptivos: a que este encuentro se produjera, estaban preparados.

En mi familia portamos dones: mi padre tenía clarividencia y era capaz de describir y percibir a personas ya trascendidas. Pero él lo llevaba con cierta vergüenza y nunca lo contaba, a menos que fuera inevitable. La gente con estos temas solía ser cruel e incrédula, y enseguida te tachaban de loco. Mi hijo también los bloqueó durante la infancia, por que cuando era pequeño veía formas negras, dibujaba cruces y, con apenas tres años, estaba obsesionado con la muerte. Lo llevamos a un psicólogo y, al parecer, así dejó de preguntar y obsesionarse con el tema. Ahora me doy cuenta de que esos eran sus dones

Cerré los ojos y me dejé llevar por su llamada. Me aparecí en los sueños de mi hijo Juanma, me parecía que necesita mi consuelo más que nadie.

Decidí portar una imagen cálida y agradable: me presenté con la ropa que llevé uno de los días en los que más feliz y orgullosa me sentí, el día que fui su madrina de bodas.

—Juanma, quiero que estés tranquilo. Que tú, tu padre, Mónica y Ainhoa estéis en paz. Yo estoy bien; la mamá está bien. No tengo dolor, no sufro. Ahora estoy plena y en paz. Yo os quiero y solo quiero veros felices. Que sigáis con vuestras vidas, así me hacéis feliz a mi.

Os quiero...te quiero mucho.

Me acerqué a él.

Él sabía que no sería un sueño normal. Lo abracé y, a pesar de encontrarnos en terreno onírico, su alma, supo sentir el abrazo de la mía, y todo el amor que intenté transmitirle.

Lo vi despertar, llorando y con una sonrisa en la cara.

Luego fui a ver a mi madre. A ella, que es una mujer tan creyente, le mandé una señal. Cuando despertó de madrugada para ir al baño, le mostré la imagen de santa Rita en la puerta del dormitorio. Ella se detuvo, sorprendida, y exclamó:

—¡Ay, qué veo ahí! ¿Esa es...Santa Rita? Está flotando en el aire. Ay, hija, sé que eres tú, sé que estás aquí. Y a esa virgen la reconozco en ti... Ay, cómo me acuerdo de ti... — y se echó a llorar de alegría.

A la mañana siguiente ambos compartieron sus experiencias. Mi hijo llamó a su abuela para contarle su sueño, y ella le contó su particular encuentro con Santa Rita.

Una vez hecho esto, me quedé más tranquila. Sabía que esos mensajes darían paz a mi familia y les harían ver que yo estaba bien que no tenían nada que temer ni de qué preocuparse. Que dejarar atrás esos sentimientos de culpabilidad por verme sufrir durante la enfermedad y no poder evitarlo, porque nadie podía hacerlo: formaba parte del camino que me tocaba transitar en la Tierra y del plan de mi alma.

Le di las gracias a mi guía:

—Gracias por mostrarme esto. Ahora sé que cuando necesite mandar un mensaje, podré hacerlo a través de aquí.

Mi guía me dio un cálido abrazo y me dijo:

—Aún te queda mucho por aprender y comprender, pero te lo iré mostrando a su debido tiempo. Ahora deberías seguir aprendiendo de tu revisión de vida.

Regresé al libro de mi alma. Sus páginas me esperaban, y me dispuse a continuar la historia de mi existencia.

CAPÍTULO 6

CICLOS DE IDA Y VUELTA

"Acepta la vida como es

un ciclo infinito de principios y finales.

—RR. SS

Corría el año 1975 y tenía 16 años cuando acabé el instituto. Terminé con muy buenas notas, pero aún no tenía claro a qué dedicarme. Lo que sí tenía claro era que no quería dedicarme a cultivar las tierras ni a cuidar fincas.

Me gustaba mucho la moda, el maquillaje y la peluquería.

Los fines de semana íbamos con mis amigas a los mercadillos a buscar ropa bonita y a la última, me encantaban las minifaldas. Siempre he tenido muy buenas piernas y todo el mundo me lo decía. Tenía mucha ropa que no me gustaba, porque mi padre me la compraba a su gusto y muchas veces discutíamos por eso. Él quería que vistiera como a él le gustaba, pero yo, en cuanto podía disponer de algo de dinero, me compraba la que me gustaba a mí.

Ese verano, paseando con mis amigas por Carcassonne, mi amiga Brigitte me dijo:

—Mira Josephine —así me llamaban mis amigos—, se busca aprendiz de peluquería. ¿No querías dedicarte a eso? Siempre nos estás cortando el pelo y arreglándonos con las tijeras de tu madre y no se te da nada mal —dijo Brigitte.

—A ver... Apprentissage, CFA de la "*Emile Coiffure*"... suena bien, es un centro de estudios y formación con prácticas en peluquería. Se lo voy a comentar a mis padres, me encantaría hacerlo.

—Yo pienso que se te va a dar genial, siempre estás con las revistas recortando las últimas tendencias y hablándonos de ellas.

—Se lo voy a comentar a mis padres nada más llegar a casa esta noche —dije con una sonrisa.

Esa misma noche al llegar a casa, mientras cenábamos se lo comenté a mis padres.

—Papa, he visto una oferta de empleo en Carcassonne, es para aprendiz de peluquería. Estudio y me enseñan, y además tendré mi primer sueldo —dije.

Y mirando a mi madre añadí:

—Te podré peinar a la última.

—A ver, es cierto que ya habíamos hablado de que una vez que acabases el instituto tendrías que estudiar algo. Con tu hermano ha sido fácil, él lo tenía claro. Tú, como eres tan soñadora, todo te gusta y fantaseas sin parar —dijo, poniendo cara de “no me defraudes” — Espero que te apliques.

—Papá, claro, es lo que quería hacer desde hace mucho. No voy a defraudar—dije firmemente.

—Vamos a tener un mecánico y una peluquera en la familia, no nos va a faltar de nada, José — dijo Plácida, contenta y orgullosa.

En agosto de ese mismo año, como mis padres tenían vacaciones, nos fuimos de viaje a España unas semanas para ver a la familia y disfrutar del clima y sus playas. Aunque aquí había playas, no eran iguales. Disfrutaba mucho de los bosques y la vegetación de Rustiques, me hacían soñar con cuentos de hadas o con caballeros andantes. Era una romántica empedernida.

Por aquellos años ya me había dado fuerte por las fotonovelas y folletines: los devoraba en menos de un día, empezaba a leer y no podía parar. Mi madre siempre me decía en tono cabreado:

—Josefina, venga hija, ¿hasta en la mesa tienes que estar leyendo? Es que no puedes parar un rato...

A mí me encantaba evadirme en los mundos de piratas y doncellas, y escapar de vez en cuando de la monotonía.

Gracias a dios llevaba unas cuantas para mi viaje a España; ya había hecho recolecta entre mis amigas y algunas que había comprado para soportar el viaje de más de doce horas en esa lata de sardinas hasta llegar a Barbarroja.

Recuerdo que íbamos los cuatro montados en el Fiat 127 color amarillo, cargado hasta la boca con cosas para mis abuelos y para pasar esos días allí. Delante iban mis padres junto con mi perro Milú, y detrás nosotros.

Milú era un perro muy miedoso, de ojos almendrados y pelaje negro y blanco despeinado. Solo quería ir acurrucado en los pies de mi

madre. Era muy bueno y se portaba estupendamente para un viaje tan largo en coche.

Una vez pasada la frontera, en cuanto dejamos atrás Barcelona ya cambiaba el clima y el calor se hacía insoportable. Por eso salíamos de madrugada, para esquivar las horas más fuertes de sol.

Cuando íbamos llegando a Alicante se me aceleraba el pulso a pensar en sus playas, en las fiestas de verano de los pueblos, mis amigos españoles y, sobre todo, en volver a ver a mis abuelos. Eso era lo que más ilusión me hacía, porque mi abuelo Francisco llevaba ya unos meses un poco pachucho y no podía andar sin ayuda de muletas.

—¿Cuánto falta, papá? Me estoy haciendo pis —dijo mi hermano.

—Estamos ya por Alicante, falta muy poco para llegar —respondió mi padre.

Habíamos pasado la mitad del viaje durmiendo, pero ya necesitábamos estirar las piernas. El perro era el que mejor lo llevaba.

Cerré los ojos y me puse a repasar mentalmente lo que haría durante las vacaciones, hasta que me quedé otra vez dormida. De repente me despertó el olor característico de la zona: la cagarruta de cabras.

Barbarroja es un pueblo o aldea muy pequeña de Orihuela. Allí vivían mis abuelos y es donde se crio mi madre. Había pastores con ganado de cabras y, por donde pasaban, dejaban su característica heces. Seré rara o escatológica, pero ese olor me traía tan buenos recuerdos de mi adolescencia... me devolvía a tantos veranos felices.

Llegamos y, por fin pude estirar las piernas. Aparcamos en la puerta y mi abuela estaba allí, sentada en una silla, como el resto de vecinas, cada una en su portal; tomando el fresco, lo típico de los pueblos.

—¡Abuela, abuela, ya hemos llegado! —dije saltando del coche y corriendo a sus brazos.

—Nena, ¿cómo estáis? ¿Se os ha hecho muy pesado el viaje? —preguntó ella.

—Bueno, ya una vez aquí eso se olvida. ¿Y el abuelo? —pregunté.

—Está en el patio con los animales —respondió ella.

—¿Y mi otro nieto? ¡Ven aquí y dale dos besos a tu abuela!

—Ay, abuela, para... —dijo mi hermano.

—¡Qué grandes estáis! —exclamó ella.

—Hola, mamá —dijo mi madre, dándole un abrazo.

—Hola, suegra, ya nos tiene por aquí —dijo mi padre mientras bajaba del coche.

—Josefina, llévate a Milú al patio si vas a ver al abuelo. —dijo mi madre mientras ellos se quedaron conversando en la puerta de la casa.

Entré a saludar a mi abuelo. Estaba allí sentado, se le veía un poco tristón. Él estaba acostumbrado a salir, andar y pasear por el pueblo, pero ahora, con las muletas y las úlceras de su pie, aquello se lo impedía.

Entré corriendo y lo sorprendí.

—¡Hola, abuelo, hemos llegado!—dije, dándole dos besos.

—Os he oído, nena. Con el escándalo que traéis, se ha enterado todo el pueblo.

—¿Como estás, Abu? ¿Te duele el pie?

—Bueno, hija, lo llevo regular. Ya no puedo hacer muchas cosas pero ahora que estáis aquí, ya estoy más animado, de verdad —me dijo, dándome un abrazo emocionado .

Los días de verano en el pueblo pasaban muy rápido. Había veces en las que nos íbamos a la playa de Santa Pola con el coche cargado a tope: mis padres, mi hermano, el amigo de mi padre Manuel y yo. En aquellos tiempos podíamos meter el coche hasta la arena de la playa. Allí montábamos nuestra carpa y nos instalábamos para pasar todo el día.

Nada más llegar, Manuel — el amigo de mi padre— enterraba las sandías en la arena, debajo del coche, porque decía que así estaban más frescas. Luego montábamos las mesas, sillas plegables y los toldos para tener sombra. No éramos los únicos en hacer de la playa nuestra propia parcela, ¡y qué bien lo pasábamos!

Me encantaba nadar en el agua al estilo rana; me sentía tan libre, ligera, como si el mar me perteneciera.

Comíamos paella, porque mi madre se llevaba todo lo necesario para hacerla allí mismo. Le salían increíbles. Cuando las preparaba en Francia, sus amigos franceses estaban deseando probarlas, pues eran lo más codiciado del lugar.

Otros días me quedaba en casa de mis abuelos, leyendo novelas y comiendo chicles en la acera. Me encantaban esos chicles.

También íbamos a las fiestas de verano de los pueblos vecinos a la verbena, a bailar toda la noche.

Las vacaciones llegaron a su fin y volvimos a Francia. Septiembre estaba a la vuelta de la esquina y yo estaba deseando empezar mi curso de peluquería en Carcassonne, con la ilusión de que aquella etapa me abriera nuevos caminos.

El curso empezó y me adapté enseguida. Cogí el ritmo muy rápido. Porque era algo que me gustaba de verdad. Por las mañanas nos daban toda la teoría: nos explicaban técnicas y métodos de trabajo, hacíamos bocetos de los diferentes tipos de cortes de pelo y nos enseñaban para qué se utilizaba cada tipo de tijera, tenacillas y herramientas de trabajo. También teníamos una clase de química donde aprendíamos a mezclar los tintes para conseguir los distintos efectos sin quemar el cabello, además de permanentes y otros tratamientos. Me encantaba todo aquello. Pronto me convertí en la alumna más aventajada.

Por las tardes hacíamos las prácticas en la peluquería de la academia. Yo tenía tantas ganas de empezar a cortar pelo que un día

en casa, le propuse a mi hermano Elías que me dejara practicar con él.

Le corté un poco el pelo, pero sin arriesgar demasiado y luego fui a por la barba que tenía como cuatro pelos sueltos. Le extendí la crema por la cara, cogí la brocha para aplicar la espuma y como no era uniforme, decidí cortar un poco con mis tijeras.

—Un poquito por aquí —murmuré, cortando un buen mechón de la brocha.

—A ver ahora... —dijo mi hermano, frotándose la cara—. ¡Uf aún pincha!, Dame las tijeras.

Cortó un buen trozo de brocha.

—¡Pero, Elías, eso es mucho! —protesté.

—Uy, sí... se ha quedado casi calva —rió él.

—Ya verás tú cuando venga el papá, como se va a poner... —dije yo, medio asustada.

Cuando mi padre llegó por la noche y fue a afeitarse, se encontró una brocha que era solo mango.

—¡Plácida! —llamó a mi madre—. ¿Qué es esto? ¿Qué le ha pasado a la brocha de afeitar?

—Los dos han estado esta tarde encerrados en el cuarto de baño probando con el pelo —respondió ella—. Pregunta a tus hijos, ¿ver quién ha sido.

Mi padre nos llamó con gesto serio:

—Josefina, Elías, ¿alguno de vosotros sabe qué ha pasado aquí?

Nos miramos, nos encogimos de hombros y nadie respondió.

—¿Nadie va a decir nada?—insistió. Miró a mi hermano—. ¿Has sido tú?

—No —contestó Elías.

—¿Y tú? —me preguntó a mí.

—No —respondí con cara seria.

—Muy bien. Pues hoy os vais a vuestra habitación sin cenar y os quedáis sin ver la película —sentenció mi padre, enfadado.

Nos fuimos a dormir cuchicheando.

—¿Ves? Te lo dije, que nos iban a castigar — le susurré a mi hermano.

Ninguno delató al otro, y eso me gustó.

En la academia me fui soltando mucho de cara al público. Disfrutaba atendiendo a las señoras, peinándolas y haciéndoles los cortes más modernos a las chicas de mi edad.

Los sábados venía mi madre a peinarse, ese era su ritual semanal, lo que más le gustaba hacerse era la permanente. Los días dieron paso a semanas y meses hasta que finalicé la formación.

De todos los alumnos que estudiábamos allí, el profesor iba a elegir a uno para que se incorporara en su peluquería. Me encontraba lavando el pelo a una señora cuando se acercó a mí el dueño.

—Josefina, lo he estado pensando —dijo Émilien—. Viendo la actitud y las ganas que pones en todo, queremos que te quedes a trabajar con nosotros, si estás dispuesta a darlo todo y ser una más de equipo.

Me puse a temblar de la emoción.

—¿En serio? ¿De verdad? —exclamé tan exaltada que mojé toda la cara de la señora del lavacabezas.

—¡Ay, señorita, me está mojando la cara! —protestó la cliente un poco alterada.

—¡Ay, discúlpeme usted! —dije, apurada, mientras corría a secarla.

—Muchas gracias, Émilien. No le defraudaré —le aseguré al dueño con firmeza.

—Lo sé, Josefina, contamos contigo —respondió él con una gran sonrisa.

Terminé mi jornada de trabajo y, con el corazón rebosante de alegría, corrí a contarles a mis padres la gran noticia. Mi futuro laboral al fin, comenzaba.

Los meses transcurrían con total normalidad, mis padres trabajaban en la finca, mi hermano estaba ya trabajando en un taller de automóviles realizando toda la parte de mecánica y yo estaba en “Emile Coiffure” dando rienda suelta a mis tijeras.

Una tarde, al llegar a casa después del trabajo, encontré a mi madre agitada, con ropa en las manos y una maleta abierta sobre la cama.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunte, asustada.

—Me ha llamado tu abuela Plácida. Tu abuelo Francisco está ingresado en el hospital, y esta vez parece grave. Tengo que irme esta noche para España. Tu padre ya ha comprado el billete. Me voy unos días... no sé cuándo volveré. De todas formas, al llegar os avisaré —dijo, mi madre terminando de empacar.

Yo sabía que mi abuelo estaba malito de un pie y que llevaba tiempo luchando con una úlcera que no terminaba de curarse. Pero al oír que estaba en el hospital, sentí un nudo en el estómago.

Mi padre llevó a mi madre a la estación esa misma noche y ella partió hacia España.

Esa misma noche, mientras dormía, tuve un sueño muy extraño. Veía a mi abuela y a mi abuelo, estaban diciéndome algo. Yo no podía hablar, estaba como paralizada. Ellos me hablaban sin mover los labios los escuchaba en mi mente: *la vida era un ciclo, y no tiene fin.*

Me desperté empapada en sudor, sobresaltada. Nunca había tenido un sueño tan real, tan extraño. Sentí tantas cosas a la vez.

Mi madre llamaba casi todos los días para mantenernos informados. Nos dijo que, al final, la úlcera de mi abuelo se había necrosado y había desarrollado gangrena. Tenían que amputarle la pierna derecha, pues era la única manera de frenar el avance de la lesión y salvarle la vida.

Los cuidados que él necesitaba, retuvieron a mi madre en España mucho más tiempo del que ella hubiera deseado. Mi tío Francisco —que llevaba el mismo nombre que mi abuelo— siempre fue un hombre muy desvinculado de la familia, y no ayudaba en nada a sus padres. Mi madre se sentía desbordada porque mi abuela también estaba mayor y no podía hacerse cargo ella sola de la situación.

Finalmente, le dieron el alta a mi abuelo y regresó a casa. Allí le acondicionaron todo: compraron hasta una silla de ruedas adaptada de esas que tenían como pedales de bicicleta en las manos y que se movían pedaleando con las manos.

La recuperación fue bastante lenta, y mientras tanto mi madre llevaba ya más de tres meses fuera de casa. Nosotros también la necesitábamos.

Un día mi padre nos reunió a Elías y a mí.

—Vuestra madre está cuidando del abuelo —nos dijo con seriedad—. Y no parece que esto vaya a mejorar como para que vuelva pronto. ¿Os parece si volvemos a España con ella?

—Ay, papá... tengo un trabajo y mi vida aquí. ¿No podemos esperar a que se ponga bien el abuelo? —le pregunté en tono de súplica.

—Josefina, yo creo que el abuelo no se va a poner bien a corto plazo, —respondió él, tristemente.

—Bueno, papá, si tenemos que irnos... nos iremos —dijo mi hermano Elías con determinación.

Yo suspiré, resignándome. Mi padre nos estaba preguntando pero esta ya era una decisión que estaba tomada.

—A ver... sin la mamá tampoco vamos a estar.

A mí me gusta España, así que... aunque tengamos que cambiar de vida, aunque tengamos que empezar de nuevo... pues venga volvamos a España —dije, con tono entre la pena y la alegría.

sintiendo un nudo en la garganta y, al mismo tiempo, la chispa de la ilusión.

CAPÍTULO 7

ENCUENTROS ÁLMICOS

"Somos estrellas cubiertas de piel"

La luz que tú buscas ya está dentro de ti.

—Rumi

Siempre me había preguntado cómo sería reencontrarse con quienes ya habían partido. Desde mi muerte, o llegada al Hogar, había estado esperando el momento en que esto sucediera. Mis guías me habían acompañado todo este tiempo, preparando el camino para que este instante llegara de la mejor manera para mí y para la evolución de mi alma.

Durante mi revisión de vida, mi guía apareció ante mí y me dijo:

—Josefina, según tu evolución aquí, ya ha llegado el momento de reencontrarte con tus ancestros ya trascendidos. Ven acompañame.

Dejé por un momento el libro de mi revisión de vida y seguí a mi guía. Comenzamos a andar, aunque en realidad no avanzábamos hacia ningún lugar en concreto. De pronto, hizo un gesto con la mano y fue como si un velo cayera de mis ojos, permitiéndome ver lo que realmente estaba ante mí.

Allí estaban, mis abuelos Francisco y Plácida. Los vi con una amplia sonrisa, con los brazos abiertos, dispuestos a abrazarme. Desprendían tanto amor que el pecho me latía con fuerza solo con el hecho de mirarlos.

Me abalancé hacia ellos corriendo y los abracé con todo mi ser. Sentía el calor en mi pecho, una energía de gratitud infinita.

—¡Abuela! ¡Abuelo! Qué ilusión encontrarme con vosotros

por fin, ha pasado tanto tiempo —les dije mientras los abrazaba —Josefina, qué bien que estés aquí, te estábamos esperando— dijo mi abuela.

—Si hija. Te vimos enfermar y sabíamos que este momento llegaría —añadió mi abuelo.

—Me hubiera gustado estar más tiempo con mi familia, pero ahora que estoy aquí todo es distinto. Veo que esto tenía un sentido y un porqué. Ahora comprendo muchas cosas... Estoy revisando mi vida aprendiendo de las decisiones que tomé y del amor que dí en vida. También de aquellas decisiones que no tomé, de los momentos en los que hice daño y no pedí perdón, por orgullo o por ego. Todo forma parte de mi aprendizaje, y de ello sacaré mi karma.

—Claro que sí hija. Aquí están todas las respuestas. No hay miedo, no hay dolor, solo aprendizaje para seguir avanzando —me dijo mi abuelo.

—Me alegra tanto reencontrarme con vosotros... De ti, abuelo pude despedirme, pero de ti, abuela, no, y eso nos dolió a todos —dijo mirándola. Con emoción.

—Pues sí, así fue. Pero eso, hija, formaba parte de mi misión de vida, del aprendizaje que debía quedar tanto en vosotros como en mí —me respondió mi abuela.

Entonces intervino mi guía:

—Como ya sabes, y estás aprendiendo, cada muerte forma parte del plan de tu alma. Eso se elige antes de encarnar.

—Entiendo todo eso, y ahora sé que todo lo que me pasó formaba parte de esa lección que yo debía transitar: atravesar la enfermedad, vivir lo que viví... Y al mismo tiempo, quienes me rodeaban también experimentarlo —respondí con convicción.

—Así es. Todo forma parte de vuestro plan de almas, tanto a nivel individual como familiar. Y todo se hace buscando siempre crecer desde el amor —concluyó mi guía.

Pero aquí no acabaron las sorpresas. A lo lejos vi venir corriendo hacia nosotros lo que parecía un perro... ¡era nuestro perro Milú!

—¡Milú, eres tu! No sabía que...—no pude terminar la frase porque salto sobre mis brazos y comenzó a lamerme la cara mientras me saludaba con sus ladridos.

—Todas las almas vienen aquí después de trascender su existencia. No todas encarnan en humanos; algunas deciden hacerlo en animales o en formas de vida más simples, dependiendo de la experiencia y la elevación de su alma —me explicó mi guía.

—¡Guau, guau! —ladró Milú. Pero yo podía entenderlo perfectamente. Me decía: "*¡Hola, hola! Qué ganas tenía de verte. Me encantaba tu compañía y cuando me acariciabas.*"

Sentí una felicidad inmensa. Me estaba reencontrando con mis seres queridos, recordando, comprendiendo... y recuperando todo aquello que creía olvidado.

CAPÍTULO 8

LA DESPEDIDA

"Las despedidas son solo para los que aman con los ojos

Porque para los que aman con el corazón y el alma n

existe la separación.

—Rumi

Mudarse de un país a otro no es cualquier cosa. Tienes que priorizar qué es lo que realmente merece la pena llevar y qué no. Así, mi padre hizo varios viajes en coche para recoger la mayor parte de los muebles que habíamos comprado y todas nuestras pertenencias

Manuel, el amigo de mi padre, también nos ayudó.

Él siempre estaba presente cuando regresábamos a España y como siempre, echó una mano en todo lo relacionado con la mudanza. Entre ellos se llevaron la mayor parte de los muebles que teníamos en casa. Lo último fueron todas mis cosas, porque yo aún seguía trabajando hasta el último día antes de volver a España.

Hablé con mi jefe, Emilien, y le agradecí la confianza puesta en mí. Le expliqué la situación por la cual renunciaba y le pedí, por favor, que me redactara una carta de recomendación; quién sabe si alguna vez me podría hacer falta.

Por supuesto, no me olvidé de mis amigas, me despedí de todas ellas, pero Brigitte me preparó una fiesta sorpresa.

Justo cuando estaba cargando el coche con las últimas cosas de mi cuarto, aparecieron en la puerta de casa cantando y con una botella de champán.

—iMoi, jávais le soleil jour et unit dans...! —venían cantando todas.

—Chicas, cómo sois... Sabéis que no me gustan las despedidas —dije, mientras me tapaba la cara con las manos, intentando ocultar mis lágrimas.

—¿Cómo no íbamos a venir a despedirte, Josephine? Te vamos a echar mucho de menos, y lo sabes —respondió Brigitte.

—Y yo a vosotras... — me abracé a ellas llorando.

—Venga, vamos a brindar para que todo te vaya bien —dijo Brigitte, descorchando la botella.

Emmanuelle sacó unos vasos de una bolsa y sirvió un poco en cada uno para el brindis.

—Por las despedidas que dan paso a los nuevos comienzos — dijo Brigitte.

—Esperamos una visita tuya cuando estés ya afincada. Queremos saber cómo te va... Escribenos — dijeron Emmanuelle y las demás.

Me daba tanta pena marcharme y dejar todo mi mundo atrás pero también tenía la ilusión por volver a España. Aunque me había criado aquí, yo era española, y mis raíces estaban en mi tierra. Además, mi familia nos esperaba, y ahora más que nunca necesitábamos estar unidos.

Levanté mi copa y brindamos, con la melancolía que envolvía ese momento.

El viaje de vuelta se me hizo más largo que de costumbre. Iba mirando por la ventana, intentando que en mi mente se quedaran grabados todos esos paisajes, aquellos bosques donde jugaba de pequeña y en los que me sentía dentro de un cuento de hadas entre aquella vegetación.

En el coche íbamos mi padre al volante, Manuel de copiloto y yo detrás, rodeada de todas mis cosas y parte de lo que quedaba en la casa.

Mi hermano ya estaba desde hacía unas semanas en España con mi madre. Habían alquilado una casa en un pueblo cercano a Barbarroja, en Hondón de las Nieves. Allí era donde íbamos a vivir y a trabajar a partir de entonces.

Hondon de las Nieves era un pueblo de la Comunidad Valenciana, pequeño y acogedor. El centro del pueblo era muy bonito con una plaza de suelos marmolados presidida por el ayuntamiento. Tenía muchos bares y lugares de ocio. El bar social del pueblo estaba libre y mis padres pensaron que era una buena oportunidad para cambiar el campo por la hostelería. Así que, nada más llegar, ya tendríamos trabajo.

—Oye papá, ¿has pensado ya qué nombre va a tener el bar? — pregunté con curiosidad.

—Pues no lo había pensado aún, pero hablando con Manuel, me dio una idea que me ha gustado. Díselo tú, Manuel —dijo mi padre.

—Le comenté que “Bar El Francés” sonaba bien. Además, se diferencia del resto y da un toque de distinción —rió Manuel mientras lo decía.

—Ah, pues sí... suena bien —respondí—. Tiene su gancho.

—Pues si os gusta a todos, así se queda. A tu madre y a tu hermano también les ha parecido bien —concluyó mi padre.

Y así se llamó mi nuevo lugar de trabajo. “Bar El Francés”

Llegamos a Hondón de las Nieves y descargamos todo lo que llevábamos en el coche. Cuando terminamos, me fui a saludar a mi hermano, que estaba en el bar.

El local estaba ubicado en la plaza del pueblo. Era un bar tradicional, de esos donde se reúnen los jubilados, los obreros y la gente de la zona al terminar su jornada laboral. Aunque antiguo estaba bien conservado: tenía una amplia barra y varias mesas en el salón.

—¡Hola! ¿Dónde estás, Elías? —exclamé al entrar.

—Aquí, nena. Estoy terminando de montar la extracción de humos de la cocina y la plancha —respondió mi hermano desde dentro.

Fui a su encuentro y lo saludé.

—Oye, este sitio es grande... no está nada mal.

—La verdad es que sí. Si se llena y viene gente, nos va a ir bien —dijo Elías.

—Eso espero. Hemos dejado mucho atrás... Por cierto, ¿has visto al abuelo? ¿Cómo se encuentra? —pregunté preocupada.

—Pues está regular. No sale de la cama, y si lo hace es porque la mamá y la abuela lo obligan —respondió mi hermano con tristeza.

—Bueno... yo me voy a verlos. Mamá estará allí, ¿no?

—Sí, claro.

—Voy, así los veo a todos. Luego nos vemos —le dije, y salí camino a Barbarroja para ver a mis abuelos.

Al llegar a casa de mis abuelos abrí la puerta con ilusión, con ganas... pero también con miedo de no saber qué me encontraría al entrar. ¿Cuál sería el estado de mi abuelo? Ahora lo descubriría.

—¡Hola, ya estoy aquí! —dije mientras giraba el picaporte y entraba en la casa.

—Hola hija —respondió mi abuela, que estaba haciendo ganchillo en una sillita baja.

—¿Cómo estás, abuela? ¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Pues aquí estoy, entreteniéndome un poco. Tu madre está con el abuelo. Quería salir al patio... está un poco desanimado—dijo ella con mirada triste.

—Voy a buscarlos y los saludo. Hace tiempo que no veo a mi madre —respondí con incertidumbre, pues aún no había visto a mi abuelo desde su operación.

Fui por el pasillo y los llamé:

—¡Mamá!

—¡Josefina, estamos en el patio! —contestó mi madre.

Al salir, encontré a mi abuelo en su silla. Su rostro se iluminó al verme. Mi madre estaba arreglando los lirios; tenían muchos plantados en jardineras.

—¡Hola, abuelo! ¿Cómo estás? Siento no haber venido antes... con el trabajo no podía, pero ahora ya nos tienes aquí a todos, de vuelta —dije tratando de sonar positiva.

—Pues mira cómo estoy: hecho una mierda. Me han cortado la pierna y parecía que iba mejor, pero en el otro pie me está saliendo otra úlcera. El médico me ha mandado antibióticos y curas, a ver si se para —dijo con tristeza y apatía.

Me acerqué y le di un abrazo y un beso, ya verás como la medicación funciona —le dije esperanzada.

—Josefina, ¿has visto cómo están los lirios? —me señaló mi madre un ramo que estaba cortando.

Eran unos lirios blancos de pétalos grandes, en forma de trompeta y suaves al tacto. Siempre me recordaban a mis abuelos. Cogí uno y lo olí.

Me inspiraban pureza e inocencia. Paz y espiritualidad.

Acostumbrarme a vivir en Hondón de las Nieves fue fácil. Me gustaba la forma de ser de la gente: eran más extrovertidos y siempre había una celebración por algo.

Me instalé en la nueva casa. No era una maravilla, pero estaba bien, y lo más importante, quedaba cerca del trabajo. Hice nuevas amigas y me adapté muy rápido a la vida allí.

Cada vez que salía, mi padre tenía que dar su visto bueno a la ropa que llevaba. Eso me ponía de muy mal humor, porque sentía que me controlaba y que intentaba imponer su voluntad. Aquello era motivo de innumerables discusiones entre nosotros: desde mi adolescencia hasta mi etapa adulta, mi padre y yo chocábamos en todo. Mi madre decía que era porque los dos éramos igual de cabezones. Tal vez, pero yo tenía mis propias ideas y no soportaba que nadie me llevara la contra. Estaba deseando irme, casarme y tener mi propio hogar.

Manuel, el amigo de mi padre, vino a trabajar con nosotros en el negocio. También se instaló en nuestra casa, pues al parecer tenía muy mala relación con su familia y sus hermanos lo habían dejado sin nada. Mi padre, al verlo en esa situación, le ofreció trabajo y una habitación donde dormir.

El trabajo en el bar se me daba muy bien. Era rápida con las comandas, simpática y resolutiva; la gente estaba encantada conmigo. El bar se nos llenaba todos los días, y la cocina no paraba nunca. Mi madre trabajaba sin descanso: ayudaba a sus padres y casi todo el peso recaía sobre ella, porque su hermano no colaboraba en nada. Era una excelente cocinera; siempre tenía encargos de migas y gachamigas.

Esos eran sus platos estrella, junto con la paella valenciana.

Las mesas del bar siempre estaban llenas, y a mí me quedaba poco tiempo para socializar fuera del trabajo. Así que conocía a la gente que venía al bar. Detrás de la barra uno podía enterarse de muchas historias, risas y confidencias.

Entre comandas, tercios y tapas fui conociendo a gente de todo tipo. Al principio todo era rutinario, pero hablar y escuchar a los clientes te abría paso a conversaciones inesperadas. Así fue como conocí a mi primer novio formal. Era el carnicero del pueblo y se encargaba de traernos los pedidos de la cocina. Poco a poco fuimos entablando conversación, nos fuimos conociendo y, al final me pidió una cita.

Era un chico muy guapo y atractivo, de aspecto rudo, y eso me llamaba la atención. Sin embargo, no fue una relación que durara mucho. Una noche, cuando llevábamos seis meses saliendo, fuimos a cenar a Santa Pola y después a la discoteca Spyt, muy conocida en esa época porque ponían toda la música de la movida.

Mientras bailaba, unos chicos se me acercaron a hablar. Yo, por educación, les seguí la corriente y entablé conversación. Eso a mi novio no le sentó nada bien: me cogió del brazo bruscamente.

—¡Suéltame, que me haces daño! — le dije, apartando su mano con brusquedad.

Le pedí que me llevara a casa, porque ya no me sentía cómoda. Al llegar a la puerta, aparcó el coche. Me bajé sin decir nada, pero él salió detrás de mí y volvió a agarrarme del brazo, parándome en seco.

—¡Te he dicho que no me vuelvas a tocar! —le grité empujándolo.

Él levantó la mano para pegarme, pero fui más rápida: le di una bofetada inesperada que lo dejó en shock. Aproveché el momento y corrí hacia la puerta de casa, que estaba abierta. Mi madre estaba allí había visto y oído toda nuestra pelea.

Al entrar en casa, mi padre, muy serio, me dijo:

—Qué poca vergüenza tenéis los dos, peleando como salvajes delante de todo el mundo en la calle. ¿Tú sabes la imagen que da eso? Si te vuelvo a ver hacer algo así, te pego un bofetón, Josefina —dijo enfadado.

Me dolió escucharlo, sobre todo después de que mi novio se hubiera comportado así conmigo y yo sintiera que me había defendido con razón. Lo miré a los ojos y le respondí:

—Lo volvería a hacer. No consiento que nadie me trate de esa forma. Él intentó pegarme, y tú lo has visto. Y si por eso me vas a pegar... —me quité las gafas y añadí—: adelante, pégame.

Me planté frente a él. Mi padre me miro, suspiró y se marchó a relajarse a otra parte. Me puse de nuevo las gafas y me fui a mi habitación.

Ese fue el fin de mi noviazgo. Nadie iba a levantarme la mano nunca más.

Habían pasado cerca de dos años desde que volvimos a España. Todo nos iba bien a mí y mi familia. Lo que peor lo llevaba era mi madre, pues mi abuelo había empeorado mucho en los últimos meses: le amputaron la otra pierna y, a pesar de todo lo que le hicieron, no pudieron frenar la gangrena. Ya estaba postrado en una cama, con medicación para el dolor.

Mi madre permanecía a su lado día y noche, porque mi abuelo solo no podía moverlo. Aquellos meses se convirtieron en un verdadero infierno para él; ver cómo tu cuerpo es devorado por la gangrena debe de ser una experiencia insoportable. A mí me daba mucha impotencia verlo sufrir de esa manera.

Temiendo lo peor, una mañana mi madre nos avisó para que fuéramos a despedirnos, pues lo veía ya muy débil. Yo fui a verlo, le di un abrazo, un beso en la frente y le dije que le quería. Él sonrió cansadamente y me apretó la mano.

Después nos fuimos a abrir el bar. Al cabo de una hora, mi madre nos llamó para decirnos que mi abuelo había fallecido.

La verdad, una parte de mí se alegró... no de su muerte, sino de que por fin descansara y dejara de sufrir.

El velatorio se hizo en su casa. Allí quitamos rápidamente todos los muebles del salón y montamos una sala con el féretro y unas sillas que nos trajimos del bar, para que la gente que venía a presentar sus condolencias tuviera dónde sentarse. Era una costumbre en los pueblos: velar al difunto en su casa.

Fue enterrado en el pueblo de Hondón de los Frailes. Llevaba una camisa blanca; él nunca había tenido corbatas. Mi padre, que siempre fue amante de la ropa elegante y las corbatas, le dijo a mi abuela Plácida:

—Suegra, ¿le parece bien si le pongo la corbata de cuando me casé? Así llevará algo mío y de su hija.

Ella encantada. Mis abuelos querían mucho a mi padre; para ellos era como un hijo, pues él había perdido a sus padres muy joven.

A mi tío, no le gustó. Cuando llegó y vio a su padre con la corbata, exclamó:

—Mi padre nunca ha llevado corbata, ¡quitádle eso!
Pero mi abuela, firme y dolida, respondió :

—No se quita nada. José se la ha puesto y así se queda. Tu padre lo hubiera querido así. Y más te vale que te calles y no digas nada, porque para lo que nos has ayudado estos meses a cuidar de tu padre... —dijo mi abuela con pesar y tristeza.

Mi abuela se quedó viviendo sola en Barbarroja, y por eso decidimos buscar una casa allí. Estábamos muy a gusto en Hondón de las Nieves, pero de esa manera estaríamos más cerca de ella y además, podríamos buscar una casa más grande.

No tardamos en dar con una, muy cerquita de mi abuela. Era un caserón en una finca llamada *El Ventorrillo*, situada a las afueras del pueblo, a los pies de la montaña. Esa montaña siempre me había

llamado la atención desde pequeña, cuando veníamos a veranear ahora tendría la suerte de vivir justo allí.

La casa tenía dos plantas. La entrada daba paso a un recibidor con un arco; a mano izquierda había una habitación y, al cruzar el recibidor, se encontraba el salón. A la derecha unas escaleras que subían a las habitaciones del segundo piso, y a la izquierda del salón estaba la cocina, con su despensa. Alrededor había muchos árboles, un corral y un palomar.

Mis padres la compraron sin dudarlos: en el bar nos iba muy bien y tenían dinero suficiente para hacerlo. Así que no tardamos en mudarnos. La casa estaba para entrar a vivir y nos instalamos enseguida.

Yo no tardé en sentirme parte de aquel lugar. Mi habitación era la de la esquina, la que daba a la montaña; desde allí veía amanecer todos los días.

Habían pasado seis meses desde que mi abuelo falleció y, como cada aniversario, mi abuela le preparó un ramo de flores y lirios blancos, esos que tanto le gustaban y crecían en su patio. Nosotros nos fuimos temprano a trabajar, como cada día.

Mi abuela, en cambio, se dispuso a ir al cementerio a visitar a su marido. Se arregló con esmero: vistió su mejor traje de riguroso luto, se peinó el moño con cuidado y tomó el ramo de flores que colocaría en la lápida, por los seis meses que no estaba con ella.

El cementerio no quedaba lejos; estaba en el pueblo de al lado a unos tres kilómetros. Ella emprendió el camino, caminando siempre por el arcén, con precaución.

En seguida estaría allí: ya alcanzaba a ver, a lo lejos, los tejados de los mausoleos.

De repente, sintió un golpe seco por detrás. Algo la lanzó por los aires y la hizo caer a varios metros.

Un coche, que venía a gran velocidad y cuyo conductor iba bajo los efectos del alcohol, se había salido en la curva y, con tan mala

suerte, que se la llevó por delante.

Mi abuela murió en el acto; no pudieron hacer nada por ella.

No soltó el ramo de flores de entre sus manos: fue lo único que quedó intacto, lo último que se llevó de este plano de existencia y lo primero que daría a mi abuelo al llegar al otro lado.

CAPÍTULO 9

CASAS DE LUZ

"La luz no lucha contra la oscuridad"

Cuando la luz se manifiesta, la oscuridad desaparece.

—Hermes Trismegisto

Caminando junto a mi guía por aquel espacio que transmitía serenidad, comenzamos a hablar de lo que le ocurría al resto de almas en su transición. Yo ya había tenido encuentros con algunos seres trascendidos, pero quería saber qué sucedía cuando las almas dejaban atrás su cuerpo: el tránsito, el tiempo de adaptación que necesitaba cada espíritu.

Mi guía me explicó, que tras la muerte, hay un período de transición. El alma debe adaptarse a su nueva realidad, y en ese proceso influye la forma en la que ha trascendido. Según haya vivido en vida, vibrará en paz, amor, miedo o dolor.

—No es lo mismo una muerte natural, por enfermedad, en la que te preparas —me dijo mi guía—, como te sucedió a ti, que una muerte traumática, en un accidente o una catástrofe natural.

Cada alma tendrá un proceso distinto de adaptación.

Algunas se quedan apegadas a lo terrenal hasta que logran desprenderse. Personas que han sido muy narcisistas o materialistas por sus circunstancias de vida, suelen quedar ancladas; y hasta que no llega alguien o algo que los ayuda a transicionar, se encuentran confusas y perdidas.

A veces atraviesan un período intermedio, lo que conocéis como “purgatorio”. Allí, hasta alcanzar un estado de purificación, no pueden entrar a la luz. Estas almas necesitan un tiempo de sanación y recuperación en los llamados Hospitales espirituales.

—Mira, ven. Te voy a enseñar cómo funciona. Ya estás preparada para ayudar a sanar a otras almas.

Mi guía me condujo hacia una construcción que no parecía hecha de ningún material terrestre. Era una cúpula dorada resplandeciente, que emanaba una luz más brillante que la del sol. No era un edificio sólido, sino una fuente de energía dorada; las paredes parecían de oro, pero eran como un tejido vivo que se movía al ritmo de quienes allí estaban. Dentro, te invadía una sensación de profundo amor.

No había camas convencionales, sino una especie de lechos de luz. En ellos reposaban almas que necesitaban ser sanadas. Mi guía me llevó hasta los pies de una de aquellas camas: allí, recostada, estaba el alma de lo que me dijeron había sido un suicida. Lo estaban ayudando a curar las heridas de su alma, la confusión que aún sentía y el trauma que le causó la forma abrupta en que terminó su aprendizaje.

—No son castigados como se cree —me explicó mi guía—. Son guiados y acompañados en este proceso. Necesitan una recuperación especial porque, al cortar su vida de esa manera, traen consigo un gran desequilibrio emocional y energético. Aquí, con nuestra energía los sanamos.

—Mira, ven —añadió—. Pon tus manos sobre su pecho. Me acerqué y él guió mis manos.

—Cierra los ojos y siente cómo tu amor y compasión brotan de ti a través de tus manos.

Cerré los ojos y percibí una energía purificadora que brotaba de mis manos y penetraba en el pecho de esa alma.

—Muy bien, Josefina —dijo mi guía—. Así es como sanamos estas almas. En breve estarán listas para retomar el aprendizaje que interrumpieron en su próxima existencia.

Fue un momento de reconexión conmigo misma. Yo era sanadora, y por eso, en mi vida terrenal, también ejercía como tal: en mi familia, en mi profesión y hasta con las personas más allegadas de pueblo.

Entonces pregunté:

—¿Dónde están las almas de los niños fallecidos? ¿Y las de aquellos que no llegaron a encarnar, como en los abortos?

Mi guía me respondió:

—El alma de un bebé no está completamente anclada hasta su nacimiento. Digamos que está sostenida por el cordón de plata, pero

aún no encarnada dentro del cuerpo. Cuando ocurre un aborto, esas almas simplemente esperan una nueva oportunidad de encarnar, a veces en esa misma familia o cerca de ella. Los niños pequeños que fallecen van directamente a la luz. Ellos son espíritus puros; no han olvidado el Hogar, todavía no tienen velo denso, y por eso su camino es mucho más rápido que el de otras almas trascendidas.

Todos pasamos por este proceso. En función de cómo haya sido nuestra vida, así será nuestro tránsito en el Hogar.

Ten tu maleta siempre lista.

CAPÍTULO 10

AMOR Y DIVISIÓN

"Confía en el plan que tiene tu alma aunque no lo entiendas, y ten la certeza de que todo saldrá bien."

—Deepak Chopra

Habían pasado unos meses desde la muerte de mis abuelos aunque parecía que hubiese pasado mucho más tiempo. En casa no se hablaba del tema. Yo sabía que había sido muy doloroso para mi madre perder a sus padres en un periodo tan breve. La muerte de mi abuelo se esperaba, pues llevaba enfermo desde hacía años, pero la de mi abuela fue un suceso inesperado y, sobre todo, de esa manera.

Mi madre se envolvió en su propio dolor, en su manera de gestionar el duelo, y nunca hablaba del tema. Yo no sabía si debía sacarlo o qué hacer, porque a mí me apetecía hablar y expresar cómo me sentía. Sin embargo, en mi familia siempre se había llevado lo de hacer como que no pasaba nada y evitar mostrar vulnerabilidad.

Nuestras vidas continuaban como de costumbre. Vivíamos en Barbarroja, y mis padres pensaron que, al quedarse la casa de mis abuelos vacía y estar ellos pagando un alquiler en Hondón de las Nieves, lo mejor sería trasladar el bar a la casa de mis abuelos. Y así lo hicieron. Tras la correspondiente reforma para transformar una vivienda en un bar, conseguir los permisos y organizar el traslado de negocio, abrimos en Barbarroja el "Bar el Francés". Ahora era mucho más cómodo, pues no teníamos que desplazarnos para trabajar: el bar y nuestra casa en el mismo pueblo.

Era momento de empezar, no desde cero, pero casi. Había que hacer nueva clientela, aunque algunos de nuestros fieles clientes siguieron viniendo hasta allí.

Una mañana de verano, a la hora de los almuerzos, apareció un grupo de albañiles con ganas de comer y recargar energías. Eran los típicos que entraban haciendo mucho alboroto y lanzándome piropos cada vez que me veían.

De entrada, había uno de ellos que no soportaba. Se llamaba Juan: un chico de unos veintiséis años, moreno, con bigote y con piel bronceada de tanto trabajar bajo sol.

Era el típico que disfrutaba llamando la atención con sus bromas, pero a mí no me hacía ninguna gracia.

—Guapa, ponme otra cerveza... Guapa, ven aquí con nosotros — me decía con descaro.

Yo le respondía en tono serio y con cara de pocos amigos:

—No soy tu guapa. Estoy trabajando.

Con el paso del tiempo, él parecía no rendirse. Siempre intentaba sacarme una sonrisa con sus bromas y ocurrencias. Y, a final, no sé cómo, algo cambió: empecé a esperar la hora del almuerzo con la ilusión de verlo llegar.

Un día vino solo. Se acercó a la barra, se puso en la esquina y se sentó en un taburete. Me acerqué a él y lo saludé:

—¿Hoy vienes solo? ¿No traes a todo la camarilla contigo?

—pregunté con sarcasmo.

—Hoy he venido a verte a ti —dijo tímidamente.

—¡Pues si me tienes más vista que un tebeo! Estás aquí todos los días —respondí, divertida.

—Vengo todos los días para verte a ti —repitió, esbozando una sonrisa.

—Pues aquí me tienes. Dime, ¿qué te pongo? —pregunté sonrojada, tratando de desviar el tema.

—Mmm... en realidad vengo a preguntarte si te apetece que salgamos alguna vez. Podemos ir a las fiestas de Macisvenda o a Barinas —dijo, intentando convencerme.

—Pues... no sé —contesté, haciéndome la interesante—. Me lo tendré que pensar.

Y no sé cómo sucedió, pero algo se encendió dentro de mí: una chispa de magia que nunca había sentido. Un nudo en el estómago y unas mariposas que me hicieron temblar.

—Venga, te acepto la proposición. Esta noche puedes pasar a recogerme, me llevas a cenar a algún sitio y luego damos una vuelta —respondí al fin.

Él sonrió y respiró aliviado. Yo también sonreí: ambos nos sonrojamos.

—Bueno, voy a hacerte el café —dije, y me fui saltando emocionada, hacia la cafetera.

Empezamos a salir y llegó el momento de contárselo a mis padres. Era obvio que había algo entre nosotros. Así que, una tarde en que no abríamos el bar y vi a mis padres más relajados, les dije que estaba saliendo con Juan, en plan novios y pareja formal.

Cuando se lo conté, no pusieron buena cara. Mi madre me dijo:

—Josefina, ese chico no es para ti. No tiene nada que ver contigo.

—Vosotros no conocéis cómo es —respondí tajante.

—Mira, es un hombre muy de campo y tú quieres otra cosa. Además, está siempre al son de su madre.

—Bueno, es lo que yo he elegido. No voy a estar haciendo lo que vosotros queráis —dije firmemente, mientras me iba.

Aceptaron mi decisión a regañadientes. Sabía que no era lo que ellos querían, pero a fin de cuentas era mi vida y yo decidía cómo vivirla y con quién.

A veces Juan me ayudaba en el bar hasta la hora de cerrar. Así los fines de semana podíamos ir a tomar algo y salir como el resto de parejas. Íbamos a una discoteca que se llamaba Thamesia, donde siempre sonaban las mejores canciones del momento. Me sentía tan libre y feliz... Pedía mi bebida favorita, me encendía un pitillo y bailaba disfrutando intensamente de aquellos momentos.

En una de esas madrugadas, al volver de la discoteca, nos pusimos a hablar de nuestro futuro como pareja. Ya llevábamos dos años juntos y sentíamos que podíamos pensar en planes a largo plazo: casarnos, irnos a vivir juntos, dar ese gran paso en nuestra relación. No fue una pedida de mano de novela romántica ni de película; fue algo más terrenal y cotidiano: dos personas seguras de una decisión que cambiaría el resto de sus vidas, para bien o para mal.

Nos casaríamos el 15 de agosto de ese mismo año. Esa fue la fecha que elegimos.

Cuando se lo conté a mis padres, otra vez salió el tema: que no era buena idea casarme con él. No porque fuera una mala persona sino porque éramos de mundos diferentes. A mí no me iban a convencer de lo contrario.

Compramos las alianzas, tradicionales y de oro, con nuestros nombres y la fecha del enlace grabados.

Planeamos vivir en el pueblo de Juan, Macisvenda, donde alquilamos un piso sin amueblar. Había que comprar muebles, pero aunque yo trabajaba, mis pocos ahorros no alcanzaban para el traje, la celebración y todo lo demás.

En una charla con mis padres, saqué el tema:

—Papá, ¿qué me vais a regalar para mi casa? ¿Cuánto dinero habéis pensado darme para poder amueblarla? — pregunté expectante.

—Pues hija, habíamos pensado que, en lugar de dinero, te regalaremos la habitación de matrimonio, la que tú elijas. Y tu hermano ha dicho que te regala la mesa y sillas de cocina —respondió mi padre.

—La familia de Juan ha pensado comprar todos los muebles en un mismo sitio, como hicieron con mi cuñada, no una cosa de cada sitio... —dije, algo incómoda.

Ellos ya estaban organizando la compra de los muebles. Fuimos a la tienda a pedir presupuesto: más de 200.000 pesetas. Yo no disponía de ese dinero, y además mis padres solo estaban dispuestos a regalarme el dormitorio.

Las tensiones habían empezado unas semanas antes, cuando en casa de mi suegra salió el tema del piso. Ella propuso ir al mismo sitio donde había comprado su hija sus muebles y se puso a dirigir el asunto. Yo les dije lo de la habitación, pero me convencieron de que un mueble de cada sitio no quedaría bien. A mí, como recién llegada a la familia, me daba vergüenza llevarle la contraria, sobre todo sin tener el dinero para el desembolso.

Al poco tiempo, mi suegra Carmen se presentó en el bar para hablar con mis padres. Llegó muy decidida, como siempre. Era una mujer con mucho carácter y la matriarca de su familia y le gustaba llevar el mando en todo. Se acercó a la barra y dijo:

—Buenos días Pepe. Como sabrás, estamos esperando a ver cómo hacemos para amueblarles la casa a los chiquillos. Vengo a pedirte la mitad de lo que cuestan los muebles, porque los vamos a pagar a medias.

—Yo, como comprenderás, ya le he dicho a mi hija que no tengo tanto dinero para desembolsar. Le regalo la habitación, pero no la mitad de esa suma —respondió mi padre.

—Pues yo sola, como verás, no lo voy a pagar. Tenéis que poner la mitad —insistió Carmen.

—Si le doy todo ese dinero, cierro el bar y me tengo que volver a Francia. Así que no: o coge lo que le he dicho o nada —contestó mi padre, ya enfadado.

—Míralo, el chico... Pues nada, que no pongan nada, ya lo haremos nosotros —replicó ella, marchándose airada.

Yo no fui testigo de aquella discusión porque no estaba trabajando en el bar ese día. Me lo contaron mis padres nada más verme llegar:

—Aquí ha estado tu futura suegra —dijo mi padre.

—¿Y qué quería? ¿Era por lo de la boda?—pregunté.

—Ha venido a pedirnos la mitad de los muebles que habéis visto con ellos. Y yo le he dicho lo que ya sabes: os regalamos la habitación que hemos visto en Hondón, si te parece bien, perfecto, y si no, que te los compren ellos en Abanilla —dijo mi padre, muy molesto.

—Bueno, haced lo que queráis o podáis. Yo no voy a pedir: nada, no lo necesito —contesté altivamente.

La pelea entre mi suegra y mis padres me dejó aún más comprometida: si aceptaba lo que mis padres decían, me ponía contra los demás. Cada familia quería imponer su decisión, y la que salía

perdiendo era yo, me posicionase donde me posicionase. Juar tampoco me sacaba de dudas: él acataba todo lo que su madre decía.

Le pedí a mi madre que me acompañara a elegir los muebles y me respondió:

—¿Para qué quieres que te acompañe, si los muebles ya los has elegido ellos por ti? Yo no voy a ningún sitio —dijo, enfadada.

Finalmente, se compraron los muebles. Y ya en la tienda, mi suegra me dijo:

—Estos muebles los tenéis por mi, no por tus padres, porque ellos no han querido pagar nada.

Yo no sabía dónde meterme. Sentía rabia porque mis padres no querían esta boda y tampoco aceptaban pasar por el aro de mi familia política de pagar la mitad. Me sentía sola, abandonada por los míos. Estaba empezando a crear una nueva familia, mientras rompía, de alguna manera, con mis raíces. Tampoco me gustaba la sensación que me transmitía mi suegra: que tenía que gobernarlo todo. Pero como remaba a favor de nuestra relación, llegué a pensar que era mi aliada.

Por fin teníamos el piso amueblado. Parecía que lo peor ya había pasado, aunque yo seguía profundamente dolida. Solo me faltaba buscar y elegir el traje de novia. Esta vez no le pedí a mi madre que me acompañara; en su lugar fueron mi suegra y mi cuñada conmigo. Sentía que, si ellos no aceptaban mi nueva vida, yo tampoco los quería en ella.

La mañana del domingo 15 de agosto de 1982 amaneció como cualquier otra. La diferencia, para mí, era que esa sería la última mañana en casa de mis padres. Me levanté temprano y bastante nerviosa; pronto vendrían la peluquera y la maquilladora a prepararme para mi gran día: la boda que tantos quebraderos de cabeza nos había dado en los últimos meses.

El ambiente en casa era extraño. Mis padres estaban serios enfadados, y me dijeron que no asistirían a mi boda. Además, yo había olvidado mandar la invitación a mi hermano. Él estaba terminando e

servicio militar y, sin la invitación no tenía permiso para salir de cuartel. Creo que aquello fue la gota que colmó el vaso en la decisión de mis padres.

Por mi parte, entre los nervios y la tensión que se respiraba, lo único que deseaba era que llegara el momento para poder empezar mi vida con mi marido, en nuestra propia casa, lejos de críticas y dudas. Lo peor era esa punzada de culpa por haber dejado a mi hermana fuera de todo esto.

Cuando terminaron de peinarme y maquillarme, llegaron a casa la hermana de Juan y su marido. Ella, junto con mis amigas, me ayudarían a vestirme.

El vestido colgaba de la lámpara de mi habitación, protegido en su funda para evitar que se arrugara. Lo sacaron del plástico que lo envolvía y fue como ver a una mariposa salir de su crisálida. Así me sentí al ponérmelo: como si de repente me hubieran dado alas para volar. Me miré en el espejo de mi cuarto y me vi tan hermosa, fuerte lista para seguir adelante. Me colocaron el velo y el fotógrafo tomó algunas fotos mientras me ponían la tiara.

De camino a la iglesia, al bajar del coche, vi a toda la gente del pueblo. No todos los días se celebraba una boda en Barbarroja, y allí estaban los vecinos, expectantes. Juan ya estaba dentro, había entrado del brazo de su hermana, que fue su madrina. A mí me acompañó al altar mi cuñado Matías, el marido de la hermana de Juan. Nadie de mi familia ocuparía ese lugar a mi lado. Cuando entré en la iglesia, avancé por el pasillo y vi a mi futuro esposo esperándome en el altar sonriente. A su familia la vi sentada en los bancos de la derecha. Y entonces casi me dio un vuelco el corazón: en la última fila, a la izquierda, estaban mis padres. Finalmente habían venido a acompañarme en este día. Los miré y no pude evitar que una lágrima resbalara por mis mejillas. Corté el llanto tan rápido como pude; no quería que me vieran así, ni estropear mi maquillaje. Ellos me miraron y me regalaron una leve sonrisa. Con eso ya me sentí reconfortada.

Estaba extremadamente nerviosa, pero sabía disimularlo. Llegué al altar, miré a Juan y los dos sonreímos con complicidad. La ceremonia

transcurrió con normalidad. Leímos nuestros votos nupciales.

Él habló primero:

—Yo, Juan, te tomo a ti Josefina, como mi esposa. Prometo amarte, respetarte y cuidarte en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Luego leí los míos:

—Yo, Josefina, te recibo a ti Juan, como esposo...

Al terminar, el sacerdote pronunció:

—El señor confirme con su bondad el consentimiento que ustedes han manifestado ante la iglesia, y lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Tras sus palabras, Juan me retiró el velo y nos dimos nuestro primer beso como marido y mujer.

Al salir de la Iglesia, los vecinos e invitados fueron pasando, uno a uno, a felicitarnos. Yo esperaba a mis padres... pero ya se habían marchado cuando acabó la ceremonia.

Después de las fotos, nos fuimos a la celebración, una comida por todo lo alto. Allí acudieron muchos amigos y la familia de Juan. Nadie de la mía se presentó. Esa fue la parte más amarga del día.

Y aún así, yo sentía que podía volar en libertad. Por fin tenía mis alas listas para hacerlo.

CAPÍTULO 11

LA FE

"La fe consiste en creer algo cuando est

más allá del poder de la razón.

—Voltaire

Desde que mi alma llegó aquí, a este ahora eterno donde todo está contenido, he aprendido y comprendido cosas que en mi vida terrenal creía olvidadas. Ahora puedo contemplar el cruce de mi vida y de las vidas de mis descendientes como si fuera un río y yo lo contemplara desde la orilla. Aquí no existe una línea temporal: al morir nuestro cuerpo trasciende el tiempo lineal y, aunque puedo volver y revisar partes de mi vida ya pasadas, todo es un continuo.

Ha pasado ya un tiempo desde mi muerte física y veo a mi familia tratando de encajar mi ausencia y seguir con sus vidas; cada uno lo hace de la mejor manera que sabe. Pero mi hijo está sumido en un duelo difícil; atraviesa una crisis de espiritualidad y de fe. Le mandaré otro mensaje —como guía suya que soy— a través del único portal por el que sus dones le permiten verme de forma corpórea: sus sueños. El resto continúan todavía dormidos, esperando despertar.

Esa noche, al acostarse, yo ya estaba a su lado, aunque él todavía no podía percibir mi presencia. Cuando por fin se quedó dormido, me introduje en sus sueños para darle un mensaje claro y de cuál no dudara.

Me aparecí ante él con mi mejor imagen, para tranquilizarlo y para que el recuerdo de la última vez que me vio se fuera borrando de su mente. Estaba envuelta en un halo de luz y de amor, para que sintiera que este sueño, era una manera de abrir una ventana y airear lo que sentíamos.

Como creyente y practicante que siempre he sido, escogí mandarle un mensaje a través de la Sagrada Escritura; sabía que, al escuchar la cita, la relacionaría.

Hablándole en silencio, con la voz del alma, telepáticamente comencé a decirle suavemente:

—41:10, 41:10, 41:10... —repetí varias veces.

Él me miraba con los ojos llenos de anhelo y decía:

— ¡Te echo tanto de menos!, ¡te quiero!

Entonces lo envolví en amor y lo estreché entre mis brazos mientras lloraba. Dejé que mi amor lo inundara, para que supiera que nunca estaría solo.

Juanma despertó llorando y con el pecho lleno de amor temiendo olvidar el mensaje, lo anotó en su móvil. Sabía que, siendo yo creyente, aquello era una cita de la Biblia. Se levantó de la cama y fue corriendo a la estantería que tenía en la habitación de al lado cogió la Biblia del segundo estante y, apresuradamente, buscó entre sus páginas el numero 41:10. Las hojas eran tan finas que costaba pasarlas sin romperlas. Cuando dio con la cita y la leyó, se emocionó pues decía así:

***"Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudare; te sostendré con mi diestra victoriosa."* Isaías 41:10**

Le di un abrazo y noté cómo se erizaba y lo sentía en su piel. Supe que con ese acto algo en él haría un clic y despertaría de la noche oscura en la que estaba sumido. Y así sería.

CAPÍTULO 12

LA LLEGADA

"A pesar de conocer el viaje y a donde nos lleva

yo lo abrazo y recibo con gusto cada momento

que viví contigo.

—La Llegada

Nuestro primer año de matrimonio pasó bastante rápido. Entre adaptarnos a la convivencia y disfrutar de nuestros primeros momentos en todo, cada experiencia era nueva.

Nos fuimos de viaje de novios a Granada. Con nosotros vino una pareja de amigos que también se había casado en las mismas fechas así que decidimos compartir destino y vivir la experiencia juntos.

Sé que Granada no es quizá lo que se espera como lugar de viaje de novios, pero no teníamos mucho dinero ahorrado para poder ir más lejos. Además, era un destino que nos apetecía conocer, y así lo hicimos. Disfrutamos de la Alhambra, esta octava maravilla del mundo recuerdo hacernos fotos posando mientras nos dábamos un beso junto a la Fuentes de los Leones.

Paseábamos por el Albaicín, nos perdíamos por sus calles mientras tapeábamos, y subimos al mirador de San Nicolás. Guardo un gran recuerdo de aquel viaje, porque después no volvimos a viajar mucho más.

Las navidades de ese año fueron las primeras que pasé sin mi familia. Todavía estábamos mal, casi no nos hablábamos, y como nadie daba el primer paso para acercarse, aquello no se terminaba de resolver.

Además, nos costaba salir adelante. Juan se había quedado sin trabajo y hacía lo que le iba saliendo. A veces se iba a recolectar miel como apicultor; recuerdo que a veces volvía con picaduras de abeja y yo le decía:

—Claro, Juan, si vas de valiente y no te pones el traje de protección cuando tienes que ponértelo, pues pasa lo que pasa: vienes todo lleno de picaduras.

—Ay, Fina —me respondía—, es que si tú supieras el calor que da ese mono de plástico todo el día puesto, no te lo pondrías ni tú.

Al final, los dos terminábamos riéndonos de las cosas que le pasaban.

A pesar de ser una persona muy positiva, había días en los que una tristeza inmensa se apoderaba de mí. Pensaba en que apenas tenía relación con mi familia, que todavía no había hecho muchas amigas en el pueblo y que pasaba la mayor parte del día sola, porque Juan trabajaba todo el tiempo.

A veces iba a casa de mi suegra, pero otras prefería no hacerlo. Dependiendo del día o de cómo la encontrara, podía mostrarse amable o, en cambio, tener un gesto hiriente. Cuando era cruel y decía algo, le hacía con ganas de hacer daño, o al menos así lo sentía yo.

Al llegar la noche, esperaba a Juan. La mayoría de las veces llegaba, cenaba y luego se iba al bar, dejándome sola otra vez en casa.

Una noche, después de irse él, rompí a llorar. Lloraba con mucha rabia y desamparo. Me puse a beber, ahogando mis penas, abrí una botella de vino. Me serví una copa, luego otra, y otra más. Entre lágrimas y tragos, la botella se vació y mis penas parecieron esfumarse... solo para volver a golpear con más ganas después.

Recuerdo a Juan cogiéndome del sofá y llamándome. Me vi en la ducha vestida, mientras él me mojaba la cabeza para que reaccionara.

—Pero mujer, ¿cómo te has bebido esa botella tú sola?

¿A quién se le ocurre? —dijo, elevando la voz.

—No sé... empecé y no me di cuenta. Cuando fui consciente, ya me la había bebido —alcancé a decir, intentando explicarme.

Me ayudó a ducharme y me llevó a la cama. Aquella noche no volvió a repetirse. Fue un momento de tocar fondo. Creo que, en ese instante —o quizá con el tiempo—, Juan comprendió de verdad cómo me sentía.

El año 1983 empezó con buenas noticias: estaba embarazada de mi primer hijo. Era un niño muy deseado. Tenía muchas ganas de ser madre, de tener un niño en casa correteando y haciendo de las suyas..

En muchas ocasiones me sentía muy sola, y pensaba que ser madre llenaría ese vacío en mi interior.

Juan solía irse temprano a trabajar y regresaba por la tarde o la noche, según el día. Se aseaba, cenaba y casi siempre se iba al bar. M día a día era un poco solitario: tenía mis responsabilidades como ama de casa, iba a la compra, tenía la comida lista, la casa limpia... pero me faltaba mi marido, me faltaba que estuviera más conmigo. Ahora, con la llegada de un hijo, ya no estaría tan sola.

Él también estaba ilusionado con la noticia; se volvió más atento y cariñoso.

Mi embarazo fue bastante bueno: apenas tuve molestias, me sentía bien y con fuerzas, y continué con mi vida normal. Fue al final cuando más peso cogí, pero era tan feliz que no me importaba; ya me quitaría esos kilos después.

El último mes de embarazo coincidió con las fiestas de Macisvenda. Yo quería tener la casa limpia y arreglada, y no se me ocurrió otra cosa que ponerme a descolgar cortinas para lavarlas y dejar todo en orden.

Ya había salido de cuentas, la noche del 28 de agosto, me levanté al baño a hacer un pis y, cuando llegué, sentí que me había orinado encima. Pero al mirar el suelo supe que no era orina: acababa de romper aguas. Llamé rápidamente a Juan.

—¡Juan, despierta, ven! Creo que acabo de romper aguas.

Juan se levantó a trompicones de la cama, subió las escaleras que daban al baño y allí estaba yo, con las piernas abiertas, mirando el charco del suelo.

—¿Pero estás bien, fina? ¿Te duele algo? —preguntó preocupado.

—No, estoy bien. Pero tenemos que irnos al hospital ya. Crece que estoy de parto. Voy a ducharme rápidamente; mientras tanto

coge el bolso con mi ropa y la del niño. Está preparado encima de la mesa del comedor —le fui ordenando mientras me quitaba la ropa y me metía en la ducha.

—Vale, voy a vestirme y a por las cosas.

Terminé de ducharme, Juan me ayudó a vestirme y nos subimos al Renault Cuatro amarillo que estaba aparcado en la puerta de casa. Llegamos al Hospital de la Arrixaca de Murcia a las cuatro de la mañana. Yo ya iba con contracciones; enseguida me pusieron en monitores y comprobaron que el niño estaba bien.

La matrona me revisó y dijo:

—Parece que esto va a ir para largo. Tiene que dilatar un poco más, Josefina. La vamos a dejar un rato en observación y con la medicación necesaria para que empiece el proceso de dilatación. No se preocupe por nada.

—¿Puede estar mi marido conmigo? —pregunté.

—Por supuesto. Hasta el momento del parto puede acompañarla, no se preocupe.

Ya era de día cuando las contracciones empezaron a ser más fuertes y frecuentes. Sobre las doce de la mañana ya había dilatado lo suficiente y me llevaron a la sala de partos. Allí me subieron al potro y me daban instrucciones de cómo debía empujar con cada contracción.

—Venga, Josefina, ahora, cuando le venga la contracción empuje como si fuera a evacuar —me indicaban.

—¡Uf, me duele... venga! Inhale... —respiraba yo.

—Inhale profundamente, sostenga el aire y empuje hacia abajo —repetían—. ¡Ya lo veo, ya asoma la cabeza! A ver, puje un poco más.

—¡Ay, no puedo más! ¡No puedo! —gritaba de dolor.

—Parece que va a necesitar ayuda... Tenemos que asistirlo con ventosas, pero tranquila, eso no le hará daño.

—Vale, lo que sea necesario... pero que no le pase nada a mi bebé —dije sollozando.

—No tenga miedo, enseguida lo tendrá en sus brazos.

A las 12:35 del día 29 de agosto de 1983 nació mi hijo, Juan Manuel. Cuando me lo pusieron en los brazos y lo miré, sentí que el mundo se detenía. En ese instante descubrí que mi vida tenía un nuevo sentido: caminaría conmigo siempre, siempre lo ayudaría y acompañaría en todo.

Era tan pequeño, con la carita azulada y con restos de sangre todavía. Se lo llevaron a terminar de limpiarlo y asearlo. Mientras tanto me atendieron a mí y después nos subieron a la habitación.

Mi marido estaba tan contento e ilusionado. Él quería un niño, y eso es lo que vino. Además, aunque el nombre lo elegí yo, a él le gustaba, porque llevaba el nombre de sus dos abuelos: Juan y Manuel. Pero en realidad fue más una casualidad que algo buscado.

A la hora de comer vinieron mis suegros, la hermana de Juan y su marido, a conocer al nuevo miembro de la familia.

Antes se llevaron a Juan a comer algo, porque estaba hambriento. Él siempre recuerda que ese día se comió las mejores lentejas de su vida. Cuando terminaron, volvieron a la habitación. Mi suegra empezó a decir que le pusiéramos el nombre de su marido, a lo que yo me negué y contesté que el nombre ya estaba elegido.

—Pero Sabino es un nombre muy bonito, no lo tiene mucha gente —dijo ella.

—¿Y por qué no se lo puso usted a su hijo? —respondí yo.

—Bueno, es cosa vuestra... yo no digo nada —terminó ella.

Al día siguiente nos quedamos solos mi bebé y yo. El resto de la familia se había ido y mi marido también salió a asearse y despejarse. Eran sobre las seis de la tarde. Yo no esperaba a nadie, cuando de repente entraron por la puerta de la habitación mis padres, mi hermano y su mujer.

Me quedé totalmente sorprendida; no esperaba que vinieran, y se me iluminó la cara.

—Buenas, ¿se puede? —dijo mi madre entrando en la habitación.

—¡Hola! Pero... ¿cómo? Qué bien que hayáis venido.

—Pues nos hemos enterado porque nos lo ha dicho un vecino del pueblo. Tu marido lo iba contando felizmente por ahí —dijo mi padre.

—Y hemos entrado porque nos colamos. El celador no nos dejaba pasar, porque no habéis dejado ningún pase; se los habíamos llevado todos —añadió mi madre.

—Bueno, yo no sabía quién iba a venir... Pero bueno, vengamos aquí a conocer a su nieto. Mira, Elías, ven —les dije acercando la cuna.

—¿Has visto, mamá? Le he puesto el gorro que le hiciste —le dije señalándole la cabeza.

—¡Ay, sí que es verdad! Qué bonito le queda, azulino.

Estuvieron hablando y dándome consejos de madre primeriza, y antes de irse, mi madre me dijo:

—Hija, si quieres, puedes venirte tú y el chiquillo a casa estos primeros días. Yo te ayudo en todo lo que necesites.

Yo le respondí:

—Me quedo en mi casa. Tengo la ayuda de mi suegra y mi cuñada. No hace falta que se preocupe por mí y por el chiquillo —reproché.

Mi respuesta no le sentó muy bien a mi madre. Y aunque estaba agradecida de que vinieran a verme, sentía que querían imponerme lo que ellos deseaban y que no aprobaban mis decisiones. Así que me quedé en mi casa.

Los meses pasaban tan rápido... Juan Manuel crecía por días. Le gustaba mucho tomar el pecho y enseguida se acostumbró a las papillas. Yo estaba en casa cuidando de él, mientras su padre se iba a trabajar fuera, haciendo pequeñas chapuzas para ganarnos la vida como podíamos.

Cuando Juan no estaba, solía bajar a casa de mi vecina María. Era una mujer de apariencia seria, pero muy buena; siempre me ayudaba.

en todo lo que necesitaba y también fue mi paño de lágrimas en mis peores momentos.

Pasaba muchas tardes allí, con el niño y cada vez que oía un coche aparcar en la puerta pensaba que podían ser mis padres y con ilusión decía:

—Ay , María, a lo mejor son mis padres que han venido a verme —comentaba yo.

Aunque las cosas entre nosotros estaban bastante frías y no había mucha relación, tampoco hacíamos nada por resolver lo que ocurría. Era como una relación de poder, a ver quién reconocía primero su error, así que todo se mantenía igual.

Un día, estando en casa con mi suegra y la hermana de Juan sonó el timbre. Fui a abrir, y para mi sorpresa, eran mi hermano Elías y su mujer.

—Buenas, Fina —dijo mi cuñada Mari Carmen—. Hemos venido a traerte esto para el chiquillo. Es una sabanita que le he bordado.

—Pasad, el crío está durmiendo, pero podéis verlo un momento. Los acompañé hasta mi dormitorio, donde estaba la cuna. Juanma dormía plácidamente; hacía muy poco le había dado el pecho.

—Aquí tenéis al chiquillo —les dije, y me fui a la cocina, donde me esperaban mi suegra y mi cuñada.

Sentía una mezcla de emociones: vergüenza, incomodidad, y un orgullo que no me dejaba actuar con naturalidad. No sabía bien qué hacer, así que los dejé solos con el niño. Al rato, cuando se hartaron de estar allí, salieron y mi hermano dijo:

—Bueno, nosotros ya nos vamos.

Y se marcharon.

Pasaron dos años y volví a quedarme embarazada. Este también fue un embarazo buscado: queríamos tener, como se suele decir, la parejita.

Cuando fui a hacerme la ecografía de las veinte semanas, Juan vino conmigo. Todavía no sabíamos el sexo del bebé, porque no se dejaba ver en las exploraciones anteriores. Solo sabía que todo iba bien y no corría peligro.

Allí, acostada sobre la camilla y con el frío gel en el abdomen, el doctor comenzó a pasar el ecógrafo mientras escuchábamos los latidos de su corazón. Sonaba así: "Tucum, Tucum".

—Bueno, parece que todo va bien. Está sano y creciendo dentro de lo normal para las veinte semanas de gestación. ¿Les apetece saber el sexo del bebé? —indicó el doctor.

—Díganoslo —respondí intrigada, mientras cogía la mano a Juan con la ilusión de que fuera una niña. Era lo que ambos deseábamos.

—A ver si se deja ver... —dijo el doctor. En la pantalla se veían manchas borrosas; se intuía la forma de la cara y las manos del bebé mientras se daba la vuelta—. Ahí lo ven, claramente es una niña lo que tenemos aquí —añadió sonriendo.

—¡Una niña! ¡Qué bien, es lo que ambos queríamos! —exclamé entusiasmada.

—Qué bien, ya tenemos la pareja, Fina —afirmó Juan.

El 23 de septiembre de 1986, nació mi hija Mónica. No se hizo esperar, no fue como su hermano, con el que tuve que pasar horas dilatando. Con ella casi doy a luz en los ascensores del hospital.

Cuando las puertas se abrieron en la planta de maternidad, mi marido me ayudó a salir y gritó:

—¡Enfermera, rápido, mi mujer está a punto de dar a luz!

—No aguanto más... esta niña quiere salir ya —alcancé a decir entre jadeos.

Un celador apareció con una silla de ruedas y me llevaron a toda prisa a la sala de partos. No hubo tiempo para preparativos ni anestesia: di a luz de inmediato. Doloroso, sí, pero también maravilloso, como si Mónica no aguantara ni un segundo por venir a este mundo.

Me la colocaron sobre mi pecho, y allí contemplé aquella carita redonda, los ojos rasgados y llena de pelo. Fue un momento de plenitud: éramos padres de dos preciosos niños.

A los tres días de dar a luz nos dieron el alta y, por fin, pudimos irnos a casa. Allí, Juan Manuel conoció a su hermana. Tenía muchas ganas de tener una hermanita, aunque era un niño muy apegado a mí. Le expliqué que ahora ella necesitaba que la cuidáramos y que todos debíamos atenderla, para que los celos fueran lo más leves posible.

Cuando mis padres vinieron a conocer a Mónica, recuerdo que Juan Manuel no paraba de corretear y se negaba a saludar a sus abuelos.

—Nene, ven, dale dos besos a la abuela. ¡Es que no quiere venir, no para de correr! —lo llamaba mi madre, molesta.

—Mamá, es que no la conoce. Por eso el crío no va y no quiere darle besos —le respondí yo, tratando de suavizar.

—Eso es culpa tuya. El niño no me conoce porque me ha visto cuatro veces en toda su vida —gruñó ella.

La situación se volvió un poco tensa. En el fondo sabía que aquello era cierto: para él, mi madre era casi una extraña. Y yo tampoco sabía como recomponer la relación con mis padres.

Sin embargo, no tardaría en comprender, en mis carnes, lo que se siente cuando un hijo no te reconoce.

Cuando Mónica tenía casi un año y Juan Manuel cuatro, Juan y yo partimos a la vendimia de Francia, en Carcassonne. Fue el sacrificio más grande de mi vida: dejar a mis hijos tan pequeños al cuidado de

mi suegra y mi cuñada para trabajar y ganar algo de dinero. Lo necesitábamos; atravesábamos una época difícil. Nos fuimos sin darle muchas explicaciones, convencidos de que así sufrirían menos. Fue un error.

Los días pasaban rápido entre trabajo y cansancio, pero las noches, en aquella casa compartida con más jornaleros, me resultaban eternas. Apenas podía dormir, y los remordimientos me devoraban ¿cómo estarían mis hijos sin mí? Una vez por semana llamábamos por teléfono desde la cabina del pueblo. Mi suegra no tenía línea en casa teníamos que marcar al número de la vecina.

Al principio me decían que todo iba bien, pero con el paso de las semanas, mi intuición de madre me decía lo contrario. Sentía que me ocultaban algo. Y un día, mes y medio después de nuestra partida durante una de esas llamadas, mi suegra me confesó:

—El crío no está bien. No quiere comer y se pasa el día llorando preguntando por su madre.

—Lo sabía... No tendría que haber venido aquí —murmuré con un nudo en la garganta.

—¿Sabéis cuánto os queda allí? —preguntó ella con cautela.

—Pues voy a hablar con su hijo y nos vamos a volver a España ya mismo. No puedo estar aquí sabiendo que mis hijos me echan de menos de esa manera —exclamé, decidida.

Hablé con Juan y le expliqué la situación: que los niños no echaban de menos y yo no me encontraba bien pensando que debía estar con ellos. Es cierto que parte de la decisión de venir aquí fue con una idea de buscar un futuro mejor, pero no a costa del sufrimiento de mis hijos. Además, Juan también reconocía que echaba de menos estar en casa con ellos.

A los pocos días volvimos. Sacamos los billetes de regreso a España y, tras varias horas, paradas y transbordo de autobuses llegamos a casa.

Bajamos del autobús. Atrás quedaba mi segundo encuentro con Francia y con mis raíces. Siempre había algo que me transformaba al volver de allí: la vida me mostraba su dureza y, al mismo tiempo, la capacidad de adaptación que podía llegar a tener.

Cuando llegamos a Macisvenda, descargamos las maletas con todo nuestro equipaje y fuimos a casa de mi suegra a ver a los niños. Llamamos a la puerta y salió corriendo a abrirnos Juan Manuel. Al vernos, su cara se transformó en pura felicidad y entusiasmo. Gritaba:

—¡Mamá, mamá, que ha venido mi madre, abuela, mamá!

Corrió hacia mí y lo tomé en brazos. Lo abracé con fuerza y le dije:

—Hola, cariño. Me has echado de menos, ¿verdad? Mamá no se va a ir más, no te preocupes. Estaré aquí contigo siempre.

Me besaba y abrazaba sin soltarme, hasta que enseguida se bajó al suelo y fue corriendo hacia su padre.

—¡Papá, papá, qué bien! ¿Nos vamos a la casa? —suplicaba Juanma.

—Claro, hijo, hemos venido para quedarnos —le contesto su padre sollozando.

Mientras tanto, mi cuñada llevaba en brazos a mi niña, estaba mucho más grande. Cuando intenté cogerla, no quiso venir conmigo.

—Parece que te extraña —dijo mi cuñada—, como si no te reconociera.

Eso me dolió y me hizo ver que había sido un error marcharnos siendo los niños tan pequeños. Siempre me arrepentí de aquella decisión. Sin embargo, todo tiene un porqué.

Nada más llegar, llamaron a Juan para trabajar en la construcción. Yo me quedé en casa cuidando de los niños y decidí que ya que debía criarlos allí, lo mejor era trabajar desde casa. Me compré una máquina de coser, y aparar, y me dedicaba montar los forros y

hormas de los zapatos. Los entregaba ya armados, a falta de ponerle la suela en fábrica. No era un trabajo que dejara mucho dinero, pero me permitía estar en casa y cuidar de mis hijos.

Juan Manuel empezó el colegio y Mónica tenía apenas un año. Corría el año 1987. Recuerdo que un día la profesora nos llamó para hablarnos del niño: decía que estaba obsesionado con la muerte y con las cruces; que tenía un amigo invisible, que estaba muerto. Pasaba el tiempo preguntando sobre ello y dibujando a Jesús en la cruz. Al final decidimos llevarlo al psicólogo y, con algo de terapia y dibujos, fue superando esa etapa.

Me encantaba cuando estaba en el parvulario disfrazarlo e ir juntos a las fiestas de carnaval. Siempre lo hacíamos: Juanma, Mónica y yo, los tres disfrazados. Así fue durante todos sus años en el colegio. Me lo pasaba en grande, junto a las otras madres, cosiendo los disfraces.

Una mañana de 1989, estando yo en casa de mi suegra, mi madre llamó por teléfono. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de mis padres; nuestra relación estaba más bien fría.

Lo cogió mi suegra y me lo pasó. Respondí:

—¿Diga?

Escuché a mi madre, con voz entrecortada:

—Mira, Josefina, soy la mamá. No sé si sabes que tu padre está con una depresión muy grande. Desde que murió su amigo Manuel, no levanta cabeza. Le ha dado un amago de infarto y el médico ha dicho que no está en condiciones de seguir trabajando las tierras.

—Ah... yo no sabía que papá estaba tan mal —contesté secamente.

—Pues sí, lo está. Hemos estado hablando él y yo, y pensamos que podrías venir esta tarde, sobre las seis y media. Estará también tu hermano. Así vemos cómo hacer el reparto de la herencia y os damos ya las tierras en donación.

—Bueno, mamá... no sé a qué hora exactamente podré ir. Tendré que hablarlo con Juan y, cuando él venga de trabajar, iremos —respondí con frialdad.

—Vale, haz lo que quieras. Ven cuando quieras —dijo mi madre y colgó el teléfono.

Me asusté un poco. No sabía que mi padre estuviera tan mal. Nadie me había contado que las cosas estuvieran así. Aún así, no podía evitar sentirme culpable: tantos años sin apenas relación, pensando que siempre estaría ahí... y, de pronto, estaba tan enfermo. Entonces comprendí que debía de pasar página e intentar reconducir nuestra relación, por su bien y también por el mío.

Aquella tarde, cuando Juan regresó de trabajar, le conté lo ocurrido y fuimos a casa de mis padres. De camino, tanto Juan como Mónica no paraban de hacer preguntas sobre sus abuelos. Estaban nerviosos y llenos de curiosidad por conocerlos, porque aunque los habían visto alguna que otra vez, ahora eran más mayores y tenían muchas preguntas: cómo eran, porqué tanto tiempo sin verlos, si eran buenos, si les harían regalos... ese tipo de cosas.

Al llegar a casa de mis padres, entramos en la finca. Los perros salieron corriendo a nuestro encuentro y los niños se asustaron un poco al verse rodeados por ellos. En ese momento, salió mi madre:

—Tranquilos, no hacen nada. Ellos ladran para avisar, pero son mansos. Dejad que os huelan y se calmarán enseguida —dijo mi madre.

Los niños empezaron a acariciarlos y a jugar con ellos, mientras yo fui a saludarla con Juan. Le di dos besos y le dije:

—Bueno, ya estamos aquí. Cuando queráis, empezamos y hablamos de lo que queráis —dije.

—Pasad dentro, y mientras esperamos a tu hermano, nosotros tomamos algo —respondió mi madre mientras saludaba a Juan.

La casa estaba tal cual la recordaba: la misma decoración y ese olor a bizcocho recién hecho que presidía la mesa del salón, junto con las tazas de café.

Mi padre estaba allí sentado, esperándonos. Fui a saludarlo, le di un beso y él me abrazó. Sentí que era algo que él necesitaba. Le pregunté cómo se encontraba y me respondió:

—Pues mira cómo estoy. Ahora me encuentro bien, pero me han dicho que tengo que dejar de fumar, y en eso estoy: intentando seguir lo que me han dicho los médicos —afirmó mi padre.

Estuvimos un rato charlando y poniéndonos al día mientras llegaba mi hermano Elías. Cuando llegaron él y su mujer, mi padre nos explicó lo que pasaba:

—Sabéis que, desde que murió Manuel, no puedo ocuparme ya solo de las tierras. Antes éramos dos. Ahora, y después de mi ataque de infarto, el médico me ha recomendado reposo, que deje ya las tierras, que deje de fumar... y que disfrute de la jubilación. Así que hemos pensado, vuestra madre y yo, en donaros en vida lo que tenemos, y así vosotros os ocupáis de todo, puesto que ya seréis vuestro —explicó mi padre.

Todos estuvimos de acuerdo en que, si eso es lo que querían, pues aceptaríamos su decisión. Nosotros, en esos momentos, no estábamos muy bien económicamente, y Juan dijo:

—Yo, si me va a costar dinero, no quiero nada.

Ese comentario no sentó muy bien, pues mis padres pensaban que nos estaban dando algo y que, encima, nos quejábamos.

En el reparto de la herencia, siempre me sentí o me hicieron sentir un poco por debajo de mi hermano, como si él siempre hubiera sido el hijo bien mirado. Cierto es que yo fui un poco rebelde, pero me sentía en inferioridad, porque a él le dejaron la finca de El Ventorrillo y a mí la casa del Bar. En aquel momento lo vi como una forma de

castigo por los años que estuvimos sin hablarnos. Hoy sé que aquello no fue nada de eso: ellos repartieron las cosas que tenían según la necesidad de cada uno.

Desde el día de la donación, y al conocer las circunstancias de mi padre, el pensar que podría pasarle algo y yo estar así, sin hablarme con ellos, me hizo recapacitar. A pesar de que cada uno tenía sus motivos, decidí perdonar y retomar la relación.

A partir de ese momento, en Navidad, en celebraciones cumpleaños y algunos domingos, comíamos y nos reuníamos en familia. Así, mis hijos recuperaron a sus abuelos, y mis padres, a sus nietos... y a su hija.

CAPÍTULO 13

REFLEJO EVANESCENTE

"La vida es como un espejo

te sonríe si la miras sonriendo.

—Mahatma Gandhi

Desde mi llegada al Hogar, no he dejado de recordar... y de aprender.

Aquí, las cosas funcionan de manera distinta, una sabiduría que resuena en tu interior. Ya he tenido varios encuentros con familiares que han trascendido: mis abuelos. Además mi guía me ha enseñado los dones sanadores que llevo en el alma y cómo usarlos. Ha sido un aprendizaje profundo: desde la sanación de almas heridas hasta el cuidado de las recién llegadas.

Pero aún me esperaba una revelación más.

Mi guía se acercó, y me dijo:

—Ha llegado el momento de que conozcas... o te reencuentres con alguien.

—¿Con quién? —pregunté, con interés.

—Con uno de los guías de tu hijo Juanma. No los conoces a todos. Este en particular siempre ha estado cerca de él, por eso aún no lo habías visto —respondió, con una sonrisa.

—Estoy deseando saber de quién se trata —dije, conteniendo la emoción.

—No soy yo quien te lo dirá. Te lo va a contar él mismo.

Entonces lo vi.

Al principio apenas vi un destello, como una chispa que venía hacia mí. Poco a poco, ese brillo se transformó en un resplandor tan puro, tan familiar, que mi corazón lo reconoció.

Era mi hijo.

No lo había conocido en la tierra. Nunca supe de su existencia.. hasta este preciso momento. Pero no hizo falta más que una mirada para saberlo. Era un alma radiante, sentí su abrazo hecho de luz.

Y en ese abrazo entendí todo. Durante el embarazo de Juanma yo estaba esperando gemelos. Sin embargo, uno de los dos eligió marcharse. Así estaba establecido en su plan prenatal: mi hijo hizo un

sacrificio para que su hermano pudiera salir adelante. Se ofreció, en un acto de amor puro, y con ese aprendizaje, se convirtió en su guía.

Yo nunca supe nada. Todo ocurrió antes de que me hiciera ninguna prueba. Tampoco hubo señales, ni síntomas, ni evidencias de su partida. Pero él estuvo allí.

El me susurró y me dijo:

—Estoy bien. Siempre estuve a tu lado... y al de mi hermano. El amor que nos diste me ha traído hasta ti.

En ese momento sentí una gratitud inmensa. Saber que, a pesar de todo, ese alma estuvo en mi vientre —aunque fuera por un breve suspiro— y que ahora cuidaba de mi hijo, me llenó el corazón de paz.

Nos fundimos en un abrazo. No necesitábamos palabras ni cuerpos. Y lentamente se desvaneció y regresó al lado de Juanma.

Mi guía, me explicó:

—Cuando un gemelo no nace y no queda rastro alguno en la Tierra, se le llama “gemelo evanescente”. Es un compañero de alma que estuvo brevemente en el vientre, dejando una huella invisible en el hermano que sí nace. Será su compañero silencioso. Y una figura que lo acompañará... siempre.

CAPÍTULO 14

FLORES Y FRUTOS

"Podrán cortar todas las flores

pero no podrán detener la primavera.

—Pablo Neruda

Era el año 1992 cuando nos mudamos a nuestra propia casa. Finalmente, después de mucho reflexionar, nos hicimos la casa que siempre habíamos soñado, en Macisvenda.

Habíamos sopesado varias opciones, como mudarnos al lugar donde Juan tenía el trabajo, para que no tuviera que coger el coche y quizás, contar con otras oportunidades. Quién sabe. Lo cierto es que al final, el lugar fue Macisvenda, pensando también en los niños: no quería cambiarles el colegio ni alejarles de sus amigos si podía evitarlo. Yo sabía, por experiencia propia, lo que se siente al cambiar de lugar de residencia varias veces.

La casa estaba situada junto a la de mi suegra, en un terreno que ella había donado a su hijo para que pudiéramos construir allí. Eso era la única pega de vivir en ese lugar: tenerla tan cerca. Nuestra relación, con el paso de los años, se volvió complicada. Yo no le gustaba, y ella tampoco a mí. La respetaba y la trataba con toda la educación que me era posible, porque era la madre de mi marido y la abuela de mis hijos. Pero tenía un don muy particular: sabía cómo hacer daño con pocas palabras.

Cuando terminamos la mudanza y todas nuestras cosas estuvieron colocadas, sentí una alegría inmensa de ver una casa tan grande y con tanto espacio. En la anterior, mis hijos no tenían dormitorio propio. Juanma dormía en el salón, con una cama en una esquina rodeada de muebles clásicos y Mónica todavía dormía en nuestro dormitorio, con la poca intimidad que eso nos dejaba. Ahora por fin, cada uno disponía de su propia habitación. Además, teníamos un amplio comedor muy luminoso y una cocina grandísima con chimenea.

Lo único malo fue que nos quedamos sin presupuesto para montar la cocina. En su lugar, improvisamos una en el almacén, hasta que conseguimos ahorrar lo suficiente para poder terminarla. Erar tantas las ganas que teníamos de mudarnos, que lo hicimos incluso antes de que terminaran de conectar el alcantarillado. Durante un par de semanas, tuvimos que usar un cubo con una bolsa para hacer nuestras necesidades. Esa fue una experiencia que impactó mucho a

mis hijos. Luego, cuando terminaron las conexiones, ya teníamos nuestro baño completamente funcional.

En el almacén instalé la máquina de coser. Antes había aprendido con Emilia, la mujer del primo de mi marido. En el taller que tenía en su casa me enseñó a coser, hacer y montar zapatos. Se convirtió en una amiga y en mi paño de lágrimas. Cada vez que discutía con mi suegra o con mi marido, ella me abría las puertas de su casa. Fue siempre mi aliada.

Cuando ya dominaba el trabajo con la máquina, monte en casa mi pequeño taller de aparado. Una amiga trabajó conmigo durante un tiempo: aprendimos, compartimos y disfrutamos de muy buenos momentos.

En esos años comencé a sentirme más libre. Los niños eran mayores y podía dedicarme a trabajar y a cuidarme. Como Juan se quejaba cada vez que tenía que coger el coche para hacer algún viaje largo o salir a la autovía —cosas que a él le agobiaban—, decidí sacarme el carné de conducir.

Me encantaba ir a hacer test y asistir a las prácticas. Aprobé ambas cosas a la primera: tanto el examen teórico como el práctico. Mi primer coche fue un Renault 5 rojo. Nunca olvidaré el día que me entregaron el carné de conducir y la "L". Por fin tenía la libertad de ir donde quisiera sin depender de nadie: hacer la compra, llevar a los niños al médico, visitar a mis padres... Sentí una libertad inmensa.

El cambio de casa pareció sentarles bien a los niños, o al menos eso creía. Un día, Juanma llegó del colegio con una nota de su tutora Miriam, para que me reuniera con ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunté enfadada.

—Hoy me he peleado... No paran de meterse conmigo, mamá. Solo me he defendido —respondió entre sollozos.

—Iré al colegio a hablar con los profesores, a ver qué ocurre —le aseguré, intentando calmarlo.

Sabía que a veces se metían con él, pero no solía contarme mucho. Pensaba que eran cosas de niños y que no valía la pena discutir con los padres de los otros niños por algo que, seguramente ellos mismos acabarían solucionando, mientras los adultos quedaríamos peleados.

Al día siguiente acudí al colegio para reunirme con su tutora. Allí también estaba la profesora de Religión, ya que la pelea había ocurrido en su clase.

—Buenos días, soy la mamá de Juan Manuel. Venía por la reunión, para ver cómo va mi hijo —dije yo.

—Buenas. Verá, ayer hubo un incidente con su hijo y, claro, no es la primera vez que pasa algo parecido. Se mete en discusiones y se pelea con los compañeros. Lo vemos solo muchas veces en los recreos y parece que le cuesta relacionarse —me explicó la tutora.

—Él tampoco ha contado en casa nada. Sí que es verdad que últimamente lo noto más a la defensiva y enfadado, pero no sé muy bien como abordarlo —respondí sinceramente.

—Además, ayer insultó a la profesora de Religión. Cuéntaselo Asun —apuntó la tutora.

—Yo los vi cuando él estaba empujando a su compañera contra los pupitres —relató la profesora—. Le pedí que saliera de clase y me dijo que no, que no tenía culpa de lo que había pasado, que ellas se habían metido con él. Insistí, y entonces me contestó que era una puta, igual que sus compañeras.

Estaba claro que algo estaba pasando. Me propusieron llevar a Juanma al psicólogo, a ver si así mejoraba su comportamiento.

Al llegar a casa hablé con él y le conté lo ocurrido.

—¿Cómo has podido insultar a la profesora? ¿Qué educación es esa? Que sepas que estás castigado este fin de semana y la semana que viene iremos al psicólogo

—Pero mamá, no fue como te contaron. Me estaban llamando maricón y me tiraron la cuerda de subir la persiana al cuello. Me la quité y empujé a la compañera que me la puso; ellas siguieron

insultándome. La profesora se puso de su parte y yo solo me defendí —dijo mi hijo.

—Está claro que algo pasa y vamos a solucionarlo —susurré con cariño.

Estuvo en el psicólogo y pareció mejorar un poco, pero coincidió con la pubertad y la adolescencia, y cada vez se encerraba más en su habitación. Me resultaba muy difícil mantener una buena comunicación. Aun siendo responsable y digno de confianza, tenía una coraza que me impedía acercarme a él sin discutir.

En tercero de la ESO suspendió todo el curso, no aprobó ni Educación Física. Sabía que estaba teniendo una adolescencia complicada, pero ese verano le dije que se fuera a trabajar con su padre, con los albañiles, para que aprendiera lo que costaba ganarse la vida, por si se le ocurría dejar los estudios y ponerse a trabajar.

Trabajó aquel verano y, con su primer sueldo, se compró un vídeo VHS y varias películas de Expediente X, que le encantaban.

Al año siguiente retomó los estudios con ganas y aprobó tercero y cuarto.

Mónica, por el contrario, tenía más dificultades en el instituto pero consiguió aprobarlo gracias a las clases de diversificación. Con ella no eran los estudios ni el comportamiento lo que me traía de cabeza, sino las parejas que se echaba. Su primer novio fue todo un disgusto, porque era un chico mayor que ella, de una familia un tanto desestructurada y conflictiva. Aun así, terminé aceptándolo por ella.

Me llegó la noticia de que en El Cantón, el pueblo vecino corrían rumores: el Bar Social buscaba nuevo gerente. El proceso de selección era simple: ganar la puja más alta para conseguir la gestión.

Teníamos algo de dinero ahorrado y, lo que lo hacía tan atractivo, eran las condiciones: todo estaba pagado, luz, agua... La tarea se reducía a abrir las puertas y dar servicio a los vecinos.

Se lo comenté a Juan, sintiendo el entusiasmo. Le dije que me apetecía probar. Los niños ya eran mayores y vi en ello una oportunidad para seguir prosperando.

Y de esa manera, volví a encontrarme detrás de una barra. Aquel había sido mi primer trabajo al llegar a España, y el lugar donde conocí a Juan. El pasado regresaba, trasformando el presente.

El negocio funcionaba a la perfección. Yo me sentía como pez en el agua. Me encantaba hablar y socializar con los clientes; disfrutaba la hora de las comidas, preparar los menús, y ver cómo la gente se iba satisfecha. Era un orgullo.

Mi familia me ayudaba, aunque su colaboración no siempre era la que yo esperaba. Cuando Juanma estaba en la barra, siempre terminaba diciéndole:

—Juan Manuel, si vas a tener esa cara y contestar así a los clientes, mejor métete a la cocina. Ponte a fregar los cacharros y a limpiar.

Él, enfadado, contestaba:

—Pues lo prefiero, mamá. Para aguantar las bromas y tonterías de algunos clientes, estoy mejor ahí.

Fueron dos años en los que emprender por mi cuenta nos dio una inyección de capital para la familia. Esto nos permitió vivir más desahogados y tener una mejor calidad de vida.

En verano, cuando todos teníamos vacaciones, le propuse a mi hermano Elías de ir de vacaciones a Francia para recorrer los lugares donde crecimos. Alquilamos una furgoneta para nuestras dos familias cuatro por cada lado, más el novio de mi hija.

El viaje por carretera fue muy tranquilo. Salimos de madrugada para evitar el tráfico y, cuando amanecía, ya cruzábamos los Pirineos. Fue como volver a mi infancia, a aquellos viajes en coche durante las vacaciones de ida y vuelta a España. Qué bien me hacía volver a eso.

paisajes de ensueño: los ríos y las cascadas brotando libres por los montes, la verde vegetación naciendo de la tierra. Me sentía tan bien.

El trayecto en sí no fue muy cómodo, porque éramos muchas personas en una furgoneta y cada uno con sus manías. Mi hermano condujo todo el viaje; estaba acostumbrado a largas horas de carretera porque era chofer de autobús. Pasamos unos días en Carcassonne visitamos el castillo y sus calles. No encontré mi antigua peluquería habían pasado más de veinte años desde que me fui de allí y, en su lugar habían puesto un locutorio.

El último día fuimos a Rustiques, nuestro antiguo pueblo. Todo seguía igual, como si el tiempo se hubiera detenido: las calles adoquinadas, los jardines, la plaza presidida por la iglesia. Caminamos hasta nuestra calle y llegamos a la puerta de nuestra antigua casa. Todo permanecía igual, incluso la enredadera que subía por la fachada hasta la ventana de mi habitación.

—Mamá, ¿cuál era tu ventana? ¿Dónde dormías tu? —preguntó Juanma con curiosidad.

—Esa de la esquina, la que tiene la enredadera al lado — contesté emocionada.

Fue muy bonito reencontrarme con tantos recuerdos. De mis vecinos y amigos no quedaba nadie que yo conociera: algunos habrían fallecido y otros se habían mudado por trabajo. Me dio pena haber dejado atrás amistades y momentos que nunca volvería a retomar.

De regreso, Juan estaba enfadado. Se había pasado todo el viaje de mal humor porque no soportaba que el novio de nuestra hija viniera con nosotros.

A la vuelta del viaje decidí que quería hacer algo diferente con mi vida. Mi amiga Lucrecia, con quien había estado trabajando en casa: aparando, me contó que se había apuntado a un curso de Cuidado Sanitario. Me animé a hacerlo también. Así saldría de casa y de la máquina, un trabajo muy esclavo y solitario. Además, ya no necesitaba estar en casa permanentemente: mis hijos ya eran mayores.

Juanma se fue a Murcia a estudiar Auxiliar de Enfermería, como yo le aconsejé, y Mónica se mudó con su novio. Nuestra relación no pasaba por su mejor momento y, aunque la ayudé y le compré todo lo necesario para independizarse, seguía sin ver con buenos ojos esa relación. No me equivocaba: a los pocos meses Mónica nos llamó llorando. Hacía tiempo que no la veíamos y, aprovechando que su pareja no estaba, nos llamó y fuimos a buscarla.

—Mamá, llevo un tiempo mal. No os he querido decir nada pero no preocuparos, pero no estoy bien —dijo llorando.

—No pasa nada, hija. Para eso estoy yo aquí. Si no estás bien te vienes a la casa —le dije, consolándola.

Nos contó todo lo que había pasado y que no se atrevía a hablar por miedo y amenazas. Finalmente encontró la manera de salir de esa situación y volvió con nosotros. Yo siempre le decía:

—Haz caso a tu madre, te lo dije... pero es que no me haces caso nunca —le repetía con cariño, aunque también con resignación.

Cuando terminé mis estudios de Socio Sanitario, llevé mi currículum a la residencia de ancianos del pueblo de al lado. No tardaron en llamarme para una entrevista, y al día siguiente me dieron el trabajo. Por fin tenía un empleo con el que cotizaba y salía de casa para ejercerlo. Ya en mi madurez, con un nuevo trabajo y nuevas perspectivas, me sentía en mi segunda juventud.

Corría el año 2007 cuando me pidieron que actualizara mi titulación y convalidara mis estudios. Así que me saqué el título de Auxiliar de Enfermería, al igual que mi hijo y, posteriormente, mi hija. Los tres somos sanitarios.

Juanma vivía en Murcia y trabajaba en un centro comercial. Mónica vivía con su pareja en el pueblo y todo parecía ir bien. Pero no era así: yo veía a mi hijo cada vez más delgado, con mala cara y triste hasta que una noche de verano vino a cenar a casa.

Nosotros estábamos en el porche, delante de casa, esperándolo para cenar. Cuando bajó del coche —nervioso, con lágrimas en los ojos— fui a abrirle la puerta.

—¿Qué te pasa, Juanma? ¿Por qué estás así? Mira, hijo, así no puedes seguir... —le dije preocupada.

—Ay, mamá, es que ya no puedo más. Venía de camino a casa y solo estaba deseando que el coche se saliera de la carretera para matarme —dijo entre suspiros y llanto.

—No, hijo, eso no. Anda, pasa para adentro y cuéntame qué es lo que te está pasando —respondí intentando calmarlo.

Juan, al verlo entrar, preguntó:

—¿Pero qué te pasa, hijo?

—Ay... necesito hablar con vosotros. Es que hay algo que llevo mucho tiempo dentro y ya no lo aguanto más. A mí solo me importa lo que penséis y digáis vosotros —dijo con la voz rota.

Pasamos al comedor, al lugar donde Juanma se sintió cómodo para contarnos lo que le ocurría. Allí, sentado en el sofá y con nosotros a cada lado, nos dijo que lo que le pasaba era algo que arrastraba desde hacía mucho tiempo, quizás desde que era pequeño. Era algo que no podía seguir callando en su cabeza, algo que él mismo había querido evitar.

—Estoy harto de sentirme así —dijo—. Creo que soy gay.. bueno, lo soy. Es algo que llevo sintiendo desde hace mucho y no me atrevía a admitirlo, porque siempre lo he querido evitar. Pero lo soy, y esta lucha interna que tengo por evitar ser quien soy es la que me está matando. —Nos miró con los ojos llenos de lágrimas, esperando una respuesta.

Yo le dije:

—Juan Manuel, yo lo único que quiero es que seas feliz. Todo lo demás me da igual.

Su padre, con voz seria pero contenida, añadió:

—No es lo que hubiera querido para un hijo mío... pero no por ti, sino por el sufrimiento que ello conlleva.

Juanma pareció relajarse un poco.

—Yo solo pensaba en que vosotros me aceptaseis. Los demás no me importan —dijo con un suspiro de alivio.

Le dimos un abrazo y lo tranquilizamos. Era algo que, como madre, quizás en alguna ocasión me había llegado a imaginar, pero él nunca decía nada. Y yo pensaba que preguntarle podría ser tomado como una agresión, sobre todo después de los años de bullying que había sufrido tanto en el colegio como en el instituto.

Por delante le esperaban años de terapia y aceptación, pero yo nunca soltaría su mano.

El 20 de noviembre del año 2008 fue un día muy especial para mí, y sobre todo para mi hija Mónica. Ese día, a las 7:30 de la mañana nació mi nieta Ainhoa.

Mónica tenía 22 años y esa madrugada se puso de parto. Fuimos al hospital su pareja, ella, Juanma y yo. Tuve que llevarla yo porque a pesar de pagarle el carné de conducir a su pareja, él no quiso sacárselo.

La verdad que fue un parto muy rápido, como el mío con su madre. Apenas tardó unas horas; de hecho, no le dio tiempo a que la epidural hiciera efecto.

Al parto entró su pareja. El padre de Ainhoa era un joven que ya tenía otra hija de una relación anterior, a la cual no podía ver. No tenía una buena relación con el mundo laboral y le atraía más el mundo psicodélico. No era alguien del agrado de ninguno de la familia, pero lo aceptamos por nuestra hija.

Sin embargo, esa relación no tardó en romperse, y Mónica volvió a casa con su hija. Allí, su padre y yo nos encargamos de que a ambas no les faltara nada: ni cariño ni apoyo. Siempre pensábamos en lo que sería mejor para ellas.

La vuelta de Mónica a casa supuso el tener no una hija, sino dos, porque Ainhoa, para nosotros, no fue una nieta, sino una hija más. Quizás muchas veces cruce el límite de abuela a madre y le quitaba autoridad a mi hija, pero siempre lo hacía pensando que era lo mejor.

El padre de Ainhoa y Mónica compartían la patria potestad, y ése se la llevaba a pasar el día los fines de semana que le correspondían.

Esto tampoco se alargó mucho, porque, cuando Ainhoa fue haciéndose más grande, cada vez le costaba más irse a casa de su padre. Cuando se iba, tenían que traerla antes por los berrinches que montaba para volver con su madre.

Un día, mi hija me dijo que no iba a obligar más a Ainhoa a irse con su padre, porque, al final, las últimas veces se la forzaba a ir y tenían que regresar antes. Me alegré de que tomara esa decisión, a pesar de que sabía que el padre quería a la niña, pero no era un buen lugar para ella.

Esa decisión acarreó amenazas y juicios, que al final ganó mi hija, aunque también le quedaron el miedo a la reacción de él y la preocupación por el daño que pudiera causar.

En 2011, mi hijo decidió que quería comprarse una casa. La verdad es que, con un trabajo fijo como tenía en el centro comercial yo siempre lo animaba a invertir y ahorrar para tener algo el día de mañana.

Me dijo que había visto una casa muy cerca de la ciudad — apenas a cinco minutos—, con acceso a todo y cerca de donde vivía su amigo Ángel. Eso era lo que más me tranquilizaba, porque Ángel era como un hermano para él; habían sido amigos desde pequeños, y me daba paz saber que Ángel estaría a su lado, aportando su lado maduro y cuidando de él.

Fuimos a ver la casa, y, la verdad, a mí también me gustó. De hecho, no vio ninguna más. A los pocos días ya estábamos buscando banco para hipotecar. Yo le dije que estuviera tranquilo, que yo le

avalaría o firmaría lo que hiciera falta. Siempre lo apoyaba, porque sabía que era un hijo responsable en sus decisiones. Enseguida encontramos un banco y firmamos la hipoteca.

Al terminar la firma, estuve hablando con la mujer que vendió el piso. Se llamaba Josefa, como yo, pero le decían Pepi. Le dije:

—Mira, yo sé que Juanma necesita volver a vivir cerca de la ciudad y de sus amigos, y lo que necesite mi hijo de mí, se lo voy a dar.

—Haces muy bien. Yo soy igual que tú en ese sentido —respondió Pepi, asintiendo con sonrisa cómplice—. Mi hija acaba de quedarse embarazada, y lo que necesite de mí siempre lo va a tener porque no sabríamos hacerlo de otra forma.

Me gustaba el sitio y el lugar que mi hijo había elegido; sentía que era una buena elección y que le vendrían cosas buenas.

A los pocos meses ya estaba instalado en su nuevo hogar, y yo feliz de haberlo ayudado. Por supuesto, su padre también estaba de acuerdo y lo apoyaba junto conmigo.

Juanma empezaba a brillar, y eso se notaba. Al poco tiempo me dijo que había conocido a un chico que le gustaba mucho y del que estaba muy enamorado. Todavía no habíamos conocido a ninguna pareja suya, y la verdad es que tenía curiosidad.

Lo conocimos en navidad. Me pareció un chico muy majo y educado; parecía atento con Juanma, y lo importante era que yo veía a mi hijo feliz.

Lo que nunca olvidaré fue la llantina que cogió Ainhoa cuando la vio por primera vez, del miedo que le daba. No por que fuese feo, sino porque le daban miedo los hombres que no fuesen su tío o su abuelo.

Un día, mis padres me dijeron que les gustaría que fuera con ellos a Fátima, en Portugal; que ellos me pagarían el viaje. También venía mi cuñada Mari Carmen, la mujer de mi hermano Elías.

La verdad es que me hacía mucha ilusión salir de viaje, porque quitando mi etapa de niña y adolescente —cuando íbamos de

vacaciones o viajábamos por Francia con mis padres—había viajado muy poco.

Así que no lo dudé ni un instante. Además, hacía poco que a mi padre le habían diagnosticado metástasis ósea, y ahora que todavía estaba bien quería aprovechar el tiempo con él.

Él no sabía el diagnóstico real de su enfermedad; creía que tenía algo en la cadera, como artrosis. Nuestra decisión fue no decírselo para ahorrarle un sufrimiento innecesario.

Viajamos hasta Portugal, al santuario de la Virgen de Fátima. Allí pude ver todo lo que mis padres me habían contado tantas veces. Ellos eran muy devotos. Visitamos la capilla de las apariciones, donde la Virgen María se apareció a los niños, y la basílica de la santísima Trinidad. También fuimos a la procesión de las velas, al anochecer. Fue un acto muy emotivo, donde todos los peregrinos portábamos una vela encendida. Allí pedí por toda mi familia: por su bienestar y por su salud.

Compré todo tipo de recuerdos: paños típicos de Portugal, rosarios, y pequeños obsequios para llevar a mi familia... y también algunos para mí.

Hacer aquel viaje me permitió reencontrarme con mis padres y sellar, de alguna manera, el perdón que nunca nos habíamos dado. Regresé con el corazón lleno de paz.

CAPÍTULO 15

LAZOS DEL ALMA

"El perdón cae como lluvia suave desde

el cielo a la tierra. Es dos veces bendito

bendice al que lo da y al que lo recibe.

—William Shakespeare

Llegué hasta aquí guiada por la luz. Estaba preparada para mi transición y para la vuelta al hogar.

Encontrarme con él era lo que más anhelaba, porque en nuestra vida en la Tierra habíamos sido dos almas en constante choque.

Mi padre, José. Él era un hombre que, aunque positivo y luchador, había sufrido mucho en su vida: la pérdida de su madre cuando todavía era un niño, la muerte de su padre apenas fue adulto y la de su hermana años más tarde. En nuestra familia paterna la enfermedad se había manifestado en forma de cáncer; era algo genético o transgeneracional. Lo cierto es que ese era el modo de terminar nuestro pacto álmico en la tierra.

Enseguida reconocí a mi padre. En cuanto se acercó hacia mí portaba una expresión dulce y sonriente; estaba en su mejor momento. Lo veía como cuando era niña.

Sin decir nada, nos abrazamos. En ese abrazo todo quedó dicho.

Todos los años que perdimos enfadados, entre rencores, decisiones equivocadas, heridas, silencios, falta de perdón, incompreensión, orgullo... No sirven de nada. Sentir que nos quieren hacer daño, que no nos dejan ser libres, actuar desde el rencor, la venganza o la ira... Todo eso es una proyección del ego.

Y una vez te quitas el velo y ves con los ojos del alma, desde el amor, comprendes que todo eso fue tiempo perdido: un aprendizaje que debía de llevarse a cabo a lo largo de toda una vida.

Pero aquí... aquí tenemos todo el tiempo del mundo. Todo está dicho, todo está hecho.

—Papá, qué ganas tenía de reencontrarme contigo, de verdad. Sabes que lo eras todo para mí —dije mientras nos abrazábamos.

—Lo sé, Josephine. Tú siempre has sido mi ojo derecho y querías lo mejor para ti siempre. Todo lo hice desde el amor y pensando en que era lo mejor para ti. Me siento orgulloso de la mujer que fuiste en la tierra —respondió con voz llena de amor y orgullo.

Comprendí que todo es una elección, que nuestros actos determinan también los actos de los demás, y que, si lo hacemos desde el amor y la empatía, todo puede ir a mejor.

Pero en el camino de la vida siempre hay factores que pueden intervenir en el proceso: el miedo, la ira y muchos más que nos desvían de nuestro propósito. Aun así, nada es bueno ni malo: *todo forma parte del aprendizaje del alma.*

CAPÍTULO 16

LOS GOLPES DE LA VIDA

"Mírala, de pie y sonriendo

Ni los golpes de la vida pudieron con ella.

—Licelotte Lora

Era la primavera del año 2017. Llevaba unos días sintiéndome un poco mal; tenía un dolor en el lado derecho y, a veces, unas digestiones muy pesadas. El médico, después de ir un par de veces me mandó una ecografía y descartaron que fuera algo de la vesícula “Podrían ser nervios o ansiedad”, dijeron.

Yo, como siempre, me limitaba a comer lo más sano posible y a cuidarme. Había días en que estaba muy bien.

En junio, mi nieta Ainhoa hacía su primera comunión, y preparamos junto a su madre un día muy bonito. No quería que le faltara de nada. Ella eligió su traje y todo; la verdad es que iba guapísima.

Su madre y yo también nos compramos unos trajes preciosos. Ella eligió el suyo, y el mío era un vestido rojo, de gasa y amplio; no quería nada ceñido, porque me molestaba todo aquello que me apretaba el abdomen.

La comunión salió perfecta. Yo no comí mucho porque no tenía mucho apetito, estaba un poco nerviosa, pero sin causa aparente. Recuerdo que estaba sentada al lado de mi hijo durante la celebración y me dijo:

—Mamá, ¿tú estás bien?

—Sí, claro, me encuentro bien —le respondí a la defensiva.

—Pues no sé yo qué pensar. Entre que no comes mucho... y ya no es solo eso: te noto que te pasa algo—dijo él.

—¿No te estoy diciendo que estoy bien? Es que siempre estás igual —le contesté algo agobiada.

—Lo sé, pero yo siento o percibo que algo que no me cuentas te está pasando, ¿el papá y tu estáis bien?—me dijo susurrando, su padre estaba al otro lado y no quería que se enterara.

—claro que sí, nosotros estamos bien, ya te he dicho que no se lo que es y cuanto mas me preguntas más me agobias, de verdad.

—Ya, porque me preocupo. Pero de verdad te está pasando algo, y tú lo niegas... En fin, no tengo ganas de discutir. Si dices que todo está bien, ya está. Solo es que me preocupo por ti, no quiero que te pase nada—dijo él.

La verdad, esa conversación me puso al borde de las lágrimas porque yo me sentía rara. Era algo entre físico y mental, y los médicos me decían una cosa y luego otra. Pero bueno, la conversación se zanjó ahí, y continuamos el día tranquilos, celebrando.

Al pasar el verano, Juanma me dijo que había visto un local cerca de su casa. Él seguía trabajando en el centro comercial y, como salida de allí, había estudiado quiromasaje. Quería comprar el local y montar su propio negocio. Me lo comentó —como siempre hacía— porque le gustaba compartir conmigo sus planes de futuro y saber mi punto de vista.

Le di mi apoyo y le dije:

—Adelante, hazlo. Yo voy a estar aquí para lo que necesites.

En enero de 2018 asistimos a la inauguración de Te-rapias y masajes Juanma.

Estaba muy orgullosa de mi hijo. Hablaba con toda la gente que allí estaba para animarlos a comprar. Recuerdo que adquirí todo tipo de productos; siempre me gustaba aportar algo a su negocio. En el trabajo solía enseñar a mis compañeras, desde el móvil, todo lo que él hacía y vendía en la tienda. Así ellas me hacían pedidos que él me traía los domingos, cuando venía a comer a casa.

Los meses fueron pasando y, aunque me mandaban medicación y me hacían pruebas, seguía teniendo dolor en el abdomen y en la espalda. Fui varias veces a urgencias y, ante mi estado de nervios pensaban que era todo psicológico, que somatizaba o que eran gases. La desesperación me llevó incluso a acudir hasta a un psiquiatra. En la consulta, el doctor solo me recetó medicación para dormir mejor y estar más tranquila.

En mayo de ese mismo año tuve que ir varias veces al hospital de madrugada. En urgencias me administraban calmantes y, cuando el dolor cedía y pasaba a ver al médico, ya no sentía nada. Así se fue enmascarando todo, hasta que, la novena vez que acudimos, mi hijo habló con el médico.

—Esto no puede ser —le dijo—. ¿Cuántas veces más tenemos que venir para que le hagan alguna prueba? Esto no pueden ser solo nervios, de aquí no nos vamos hasta que no la ingrese.

Aquella noche, por fin, me ingresaron para realizar las pruebas necesarias y descubrir de donde venían mis dolores. Al llegar a la habitación, la casualidad quiso que la compartiera con una vecina de pueblo que también estaba ingresada.

—Hola Nuria, no sabía que tú también estabas aquí. Anda que vernos por estos sitios, tiene guasa la cosa —le dije sonriendo.

—Hola, Fina. Pues sí. Luego allí no coincidimos, pero bueno mejor así, que con una persona conocida siempre se está más tranquila —respondió ella.

Le pedí a Juanma que no se quedara aquella noche.

—Tú tienes un negocio y tienes que trabajar. Vete y descansa. Aquí tengo enfermeras y médicos por si necesito algo —le dije con serenidad.

—Vale, mamá, pero si pasa algo, me llamas —contestó con tono preocupado.

—Descuida, todo está bien —respondí intentando tranquilizarlo.

Al día siguiente me hicieron todo tipo de pruebas. La doctora de digestivo me informó de que también me harían un TAC para descartar otras causas.

Fue la mañana del 7 de junio cuando la doctora regresó con los resultados. En ese momento estaba sola en la habitación; mi familia trabajaba y atendían sus responsabilidades.

—Buenos días, Josefina, ¿cómo estás esta mañana? —me preguntó la doctora Isabel.

—He dormido bien, aunque tuve un poco de dolor esta noche y pedí que me dieran algo —le respondí.

—Bueno, pero ahora te encuentras mejor, ¿no? ¿Has podido desayunar?

—Sí, me lo he comido todo —contesté intentando sonreír.

Estaba muy nerviosa.

—Vengo a informarte de los resultados de las pruebas —dijo ella con tono pausado—. En el TAC se observa algo en el páncreas; parece un tumor o cáncer, porque también se aprecian indicios de metástasis en el hígado. Aun así, necesitamos hacer una biopsia para confirmar el tratamiento.

—¿Cáncer? —pregunté con la voz temblorosa—. ¿Tiene... cura?

—Primero debemos esperar el resultado de la biopsia para determinar qué tipo es y su agresividad, pero en cualquier caso habrá que empezar con quimioterapia —respondió la doctora con serenidad.

—Me pongo en sus manos. Solo quiero curarme. Quiero estar bien —le dije con tono suplicante.

—Esta misma mañana haremos la biopsia; así adelantamos el proceso —añadió con una sonrisa tranquilizadora.

Cuando la doctora salió de la habitación, me derrumbé. Sentí miedo. No quería morir. Quería recuperarme, vivir. A pesar de todo me alegraba de haber recibido el diagnóstico estando sola: pude llorar sin contenerme, me descompose, estaba aterrada, pude liberar todas mis emociones y, poco a poco, encontrar calma. Cuando asumí lo que me venía, llamé a mi hijo Juanma.

Descolgó el teléfono enseguida.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Ha pasado ya el médico? ¿Te han dicho algo? —preguntó con ansiedad.

—Tengo cáncer de páncreas, pero tienen que hacer una biopsia para ver qué tipo es —respondí intentando mantenerme tranquila aunque no pude evitar quebrarme al oír su voz rota al otro lado del teléfono.

—¿Cáncer? ¡Ay, mamá! Cierro y voy ya para allá. ¿Cómo te lo han dicho estando sola? ¡Voy enseguida! Exclamó entre lágrimas.

—Juan Manuel, tranquilízate y ven con cuidado. Yo estoy bien, no corras —le pedí con voz suave.

Después llamé a mi marido, a mi hija y al resto de la familia. Aquel día me dediqué a poner a todos al tanto de la situación, pero siempre desde la calma. Me sentía fuerte, quería vivir. Saber el diagnóstico, por duro que fuera, me trajo tranquilidad: al fin sabía lo que tenía, y ahora solo quedaba luchar la batalla.

A la mañana siguiente, estando en la habitación, pasó la doctora a darme el alta.

—Buenos días, Josefina. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Pues, tan bien como me encuentro yo ahora... ¿será posible? Me encuentro bien.

—Eso es genial —dijo la doctora—. Toma, esta es la hoja para coger cita con tu oncólogo. Baja y pregúntalo.

—¿Pero eso dónde está? —preguntó Juanma.

—En el hospital de día —dijo la doctora.

—Ah, vale, ya sé dónde es. Allí he ido yo antes acompañando a los ancianos de la residencia, con mi trabajo —dije yo.

—Te la darán para dentro de una semana —dijo la doctora.

—¿Y yo puedo comer cualquier cosa o debo tener cuidado? Bueno, cuidándome como siempre... grasas no.

—Pues lo que siempre has hecho, mamá —dijo Juanma.

—¿Y si estoy de aperitivo y me apetece una cervecita? —pregunté.

—Lo que te apetezca, Josefina. Lo que te pida el cuerpo: come lo que quieras y disfruta. Este fin de semana pásalo bien, que me ha dicho tu hijo que es tu cumpleaños —dijo la doctora.

—A celebrarlo, por lo menos este año, que estoy aquí —dijo con una sonrisa—. El que viene ya...

Ha sido usted muy amable. Estoy muy contenta con ustedes. Además, le dije que me ponía en sus manos, y en sus manos estoy: en las de usted y las que vengan. Porque yo vengo aquí a hacer caso, que me quiero poner buena.

—Has sido una paciente ejemplar, Josefina, y tienes una actitud muy buena para afrontar la enfermedad —dijo la doctora.

Esa misma mañana pasamos por la planta de oncología y me dieron cita para comenzar la semana siguiente. Así que me fui a casa a descansar y celebrar mi cumpleaños en familia.

El domingo 10 de junio de 2018 me levanté y desayuné con normalidad. Me tomé mi medicación porque me molestaba un poco la espalda; el dolor irradiaba ahí. Aun así, me encontraba bien en ese momento.

Me puse a hacer la comida; quería volver cuanto antes a mi rutina, no quería que me trataran como a una enferma. Así que llamé a Juan y le dije que descolgara la paellera, que iba a hacer arroz, como es típico los domingos.

A medía mañana llegó mi hijo con su pareja para comer, como de costumbre. Me trajo un regalo y me insistió en que lo abriera.

—¿Pero ya quieres que lo abra? —dije, sorprendida.

—Claro, señora, es su outfit del día —respondió mi hijo.

Abrí el regalo: era una blusa azul con flores, muy bonita, con un corte que me quedaba genial.

—Gracias —les dije, y les di un beso a él y a su pareja.

Comimos todos juntos: mi marido, mis hijos, la pareja de Juanma y mi nieta. En el postre me trajeron una tarta de manzana una de mis favoritas junto con la de San Marcos, y soplé mis 59 años.

—Pide un deseo —me dijeron.

Y mi deseo fue vivir otro año más.

Después vinieron los regalos, y uno que no me esperaba: el de mis compañeras de trabajo. Me habían regalado un tarjetón con dedicatorias y una pulsera con gargantilla, ambas con el símbolo de infinito. Me sentí tan afortunada... Habían participado todas mis compañeras: auxiliares, enfermeros, médicos, personal de limpieza, de administración, las que estaban y las que no estaban trabajando, mi

jefes... todos. Solo podía pensar una cosa: cuánta gente se acuerda de mí.

Mis hijos me grabaron un video para mandárselo, y les dije entre lágrimas y casi sin poder hablar:

—Gracias a todos... No esperaba que os acordarais de mí, así Os quiero un montón. Cuando salga de esta, ya veréis, haremos algo os lo digo de verdad. Por vosotras tengo que salir adelante, ya lo veréis... que me tenéis que tener ahí, os lo digo de verdad. Gracias chicas, chicos, a todos. Os quiero un montón.

A la semana siguiente comencé mi primer ciclo de quimioterapia. Tras hablar con el doctor, me dijo que mi cáncer estaba en estadio IV y que teníamos que administrar quimioterapia para reducir la metástasis del hígado y hacer más pequeño el tumor de páncreas, que era el que me irradiaba el dolor en la espalda.

Así que esas eran mis armas con las que luchar. Estaba en manos de los médicos y de Dios. Haría todo lo posible para seguir adelante.

Las primeras sesiones no me sentaron bien. Entre que mi cuerpo estaba asimilando el tratamiento y los efectos secundarios, me encontraba cada vez más débil y perdí mucho peso. Además, el pelo se me empezó a caer.

Yo no era de avergonzarme por estar calva ni sin pelo, pero aun así, un día, al salir del tratamiento, me compré un turbante para llevarlo en la cabeza. Eran bonitos y cumplían su función.

Un día le dije a Mónica que me llevara a ver a mis padres. Mi padre estaba ya muy enfermo, en cama, apenas se podía levantar. Mi madre le compraba todo lo que a él le gustaba, y yo iba a visitarlo cada vez que podía. Lo que más me dolía, era ver a mis padres que necesitándome y yo, como hija, no poder echarles una mano.

—Ay, mamá... cómo me gustaría poder ayudarlos, pero es que hay días que no puedo ni levantarme de la cama —le dije con pesar.

—Josefina, tú lo que tienes que hacer es pensar en ponerte bien tú. Él papá me tiene a mí aquí, y si no, está tu hermano, que vive

arriba, y Mari Carmen —dijo mi madre con calma.

El 23 de agosto del 2018, mi hermano Elías me llamó para decirme que nuestro padre había muerto. Al parecer, se fue tranquilo en su cama. Mi madre estuvo a su lado hasta el final. Sentí una profunda impotencia por no haber podido hacer más por él, por no haber estado en sus últimos momentos ni haber podido ayudar a mi madre, que ya estaba muy mayor y hacía lo que podía. Menos mal que contaban con la ayuda de Mari Carmen y de mi hermano, que vivían arriba.

Aun así, sentí cierta tranquilidad al saber que ya no estaría sufriendo los dolores que le impedían moverse y que, al fin descansarían. Me pregunté: “¿será así mi final?” Era algo en lo que no quería pensar, aunque de vez en cuando esos pensamientos volvían a mi cabeza sin avisar.

En el tanatorio no pude quedarme mucho tiempo. Me encontraba muy débil y, a veces, hasta perdía el equilibrio; necesitaba ayuda para moverme a cualquier sitio.

Lo que más me preocupaba era saber que mi madre se quedaba sola. Había estado con mi padre desde que tenía quince años: toda una vida juntos, y él había sido el único hombre en su vida. Le pedí a mi cuñada que la trajera a comer a casa. Algunos días venía con Mari Carmen, y otros, mi hija Mónica iba a buscarla. Mi madre pasaba el día conmigo; así estaba acompañada y se sentía útil ayudándome. Fue una sensación de recuperar algo perdido: tenerla a mi lado la mayor parte de los días, mientras luchaba por recuperar la salud. Ella preparaba la comida, y yo sentía que de algún modo, recuperábamos el tiempo que el orgullo nos había robado.

Poco a poco, el tratamiento empezó a dar resultados. El tumor y la metástasis se habían reducido. Además, me esforzaba por alimentarme bien y fui recuperando peso. Empecé a salir a caminar todos los días, tratando de mantenerme en forma. Incluso, al cambiar el tratamiento, me volvió a crecer el pelo. Comencé a sentirme otra vez como la persona que siempre había sido. *Estaba dispuesta a escribir un capítulo más en mi vida.*

CAPÍTULO 17

UN FRAGMENTO DE ALEGRÍA

"Si vives con alegría hasta el último momento

no tienes que preocuparte por la muerte

ese también será un proceso alegre .

—Sadhguru

Al comenzar el 2019, mi hijo y su pareja me dieron una grata noticia: querían casarse. Habían pospuesto la boda a causa de mi enfermedad, pero ahora que mi situación había mejorado, pensaba celebrarla ese mismo año.

—Mamá, viendo que estás mejor, quiero celebrar la boda este año... y quiero que seas mi madrina. No quiero que sea otra más que tú —me dijo mi hijo con entusiasmo.

—Claro, yo me encuentro fenomenal y voy a estar ahí ese día os lo prometo —les respondí con alegría.

Durante esos meses, el tratamiento marchaba muy bien; había conseguido frenar la evolución de la enfermedad y yo estaba decidida a seguir adelante. En el trabajo me concedieron la incapacidad permanente y empecé a cobrar una pensión, pero eso no me impedía disfrutar de las celebraciones con mis compañeras.

Si salía algún plan con la asociación de las “amas de casa”, me apuntaba encantada con ellas. Me lo pasaba de maravilla, y mi amiga Paquita siempre me llamaba para avisarme si había alguna actividad. Nos reíamos recordando aquella vez que se nos fue la mano con los chupitos de arroz con leche... ¡Qué bien lo pasábamos con Fini también! Las tres siempre habíamos estado juntas en todos los eventos, y antes incluso formábamos parte de la comisión de fiestas de Macisvenda. ¡Qué buenos tiempos aquellos! Y así quería que siguiera siendo: si el cuerpo me lo permitía, seguiría disfrutando.

A Juanma le dije que la boda se la pagaríamos nosotros: el traje y todo lo que necesitara. Le compramos el vestido a mi hija y a mi nieta, cada una a su gusto. Yo llevé un traje azul marino, a juego con el de mi hijo, y una gargantilla y una diadema del mismo conjunto. Mi pelo, aunque aún era corto, me había crecido de un color gris muy favorecedor.

El 22 de junio del 2019 se celebró la boda de mi hijo Juanma y su pareja, Martín. Tuvo lugar en Elche, en una finca preciosa al aire libre. Hacía un tiempo magnífico aquel día. Al despertar, sentí un poco

de dolor; hacía tiempo que no me molestaba nada, pero llevaba un par de días con pequeñas molestias otra vez. Me tome la medicación y comencé el día decidida: no iba a dejar que eso empañara un momento tan especial.

Como la celebración era en Elche, Juanma se vistió en un hotel cercano al lugar de la ceremonia, para llegar con tiempo y evitar que su traje se arrugara demasiado. Yo me encargué de ayudarlo a vestirse, a ajustar la corbata y a colocar los gemelos: eran de mi padre, de cuando él se casó con mi madre, y ella se los había regalado a Juanma. Cuando estuvo listo y se acercaba la hora, nos fuimos hacia el lugar de la ceremonia.

Llegamos en el coche que tan bien había decorado por la mañana. Le puse ramilletes de flores blancas a los lados de las puertas y alrededor. Quedó muy bonito. Bajé del coche y avancé, tomada de brazo izquierdo de mi hijo, por una alfombra color malva que nos conducía directamente al encuentro de Martín, mientras sonaba Viva Forever, de las Spice Girls, la canción favorita de Juanma. Fue un momento muy emotivo; me sentía radiante de felicidad y profundamente orgullosa de él.

La ceremonia fue preciosa. Incluso me había preparado un pequeño discurso:

—Buenas tardes a todos. Estamos aquí para celebrar este enlace entre Juanma y Martín. ¿Qué os puedo decir de ellos? Empezaré por Juanma: un hijo maravilloso, mi psicólogo, mi cuidador, mi confesor. Ha encontrado en Martín a una persona noble y respetuosa que se ha preocupado por mí las veces que me he quedado con ellos. Gracias, Emi; gracias, Martín, por haber acogido a Juanma como a un hijo más.

Esto es, además, la unión de nuestras familias.

No quiero alargarme más.

Hemos montado esta ceremonia con mucha ilusión, esperando que todo sea de vuestro agrado. Deseamos que paséis una feliz velada y que disfrutéis mucho.

Juanma, Martín: os deseo una vida larga, próspera y feliz
¡Vivan los novios!

— ¡Viva! —gritaron todos los asistentes allí reunidos.

Tras la ceremonia, empezó la celebración. Pude conversar y sentir la felicidad de compartir aquel día tan especial en familia y con todos sus amigos. Sabía lo importante que era para mi hijo que yo estuviera allí. Me sentía inmensamente orgullosa, como madre, al verlo tan feliz. Él me preguntaba cómo me encontraba, para asegurarse de que estaba bien. Yo le decía que sí, pero él me conocía: con solo mirarme sabía cómo me encontraba.

Cuando terminé la cena, les dije a todos que me iba a casa a descansar. Me marché muy feliz por haber compartido ese momento.

A los pocos días se fueron de viaje de novios a Nueva York. Mientras Juanma estaba fuera, mi estado cambió: volví a tener molestias con más frecuencia. Cuando él me llamaba, le mentía sobre dónde o cómo estaba, pero sabía que no podía engañarlo; él lo intuía todo. Tuve que acudir a urgencias con mi hija y, cuando el oncólogo revisó las pruebas, vio que la quimioterapia había dejado de hacer efecto y que el cáncer se había diseminado. Decidieron cambiar de tratamiento y probar con otra quimioterapia distinta.

La nueva medicación era más agresiva que la anterior. Además de entre los efectos secundarios del tumor y el malestar propio del tratamiento, mi calidad de vida disminuyó bastante. Aun así, en cuanto tenía un buen día, me levantaba con alegría, me preparaba un buen desayuno y lo tomaba en el jardín, viendo amanecer. Después salía a caminar por el pueblo, disfrutando del viento en la cara, de ver cómo se movían las nubes, de sentir mundo en movimiento. Había días en los que me metía en la cocina y se me pasaban las horas horneando pan, bizcochos o probando recetas nuevas. Intentaba siempre mantenerme activa y positiva.

En diciembre llegó la Navidad. Mi hijo se vino a vivir a casa y decía que quería estar cerca de mí, que así se quedaba más tranquilo.

La verdad es que yo también me sentía más segura al tenerlo cerca. A ser el sanitario, él se encargaba de todo lo relacionado con mi medicación. Me encontraba muy flojita, pero tenía ganas de celebrar con los míos. Hice una cena y, durante la Nochebuena, les dije:

—Sé que estas van a ser mis últimas navidades con vosotros por eso os he regalado a cada uno lo que mejor he sentido.

Ya empezaba a estar un poco cansada de la rutina quimioterapia, efectos secundarios, visitas a urgencias hospitalizaciones... Aun así, siempre me reía, y Juanma siempre trataba de sacarme una sonrisa. Me ponía pequeñas pruebas, o si íbamos a comprar al HiperAsia, nos probábamos pelucas, disfraces o cualquier cosa divertida.

El año 2020 comenzó sabiendo que sería mi último año. En la visita programada de ese mes, mi oncólogo llamo a mi hijo: quería hablar con él sobre el tratamiento. Juanma me contó que iba, porque él nunca me ocultaba nada. Las horas que tardó en ir y volver se me hicieron eternas. Una parte de mí imaginaba el motivo de esa visita sabía que este tratamiento tampoco estaba logrando los resultados esperados, pero otra parte de mí quería creer en una última posibilidad.

Cuando oí el coche llegar y escuché que entraba en casa, se me hizo un nudo el estomago.

—¿Qué te ha dicho el oncólogo? —le pregunté.

Vi cómo tomaba aire y soltaba un suspiro.

—Pues tú sabes que yo siempre te digo la verdad, mamá ¿verdad? —me dijo Juanma.

—Sí, lo sé. Cuéntame lo que sea, no pasa nada —respondí esperando el último golpe.

—Dice que este tratamiento no está funcionando bien, que te está perjudicando más que ayudando

—¿Y entonces qué me van a poner?

—Pues... dice que ya no pueden ponerte más tratamientos mamá.

—¿Y entonces qué? ¿Ya está? ¿Hemos terminado —pregunté sintiendo que el aire me faltaba.

—A ver, tampoco es eso. Ahora el siguiente paso será que vengan los cuidados paliativos a casa y empezar con ellos, sobre todo para controlar el dolor.

—Entonces... ¿ya no puedo luchar más, no? —dije, buscando en su voz un poco de esperanza.

—Mamá, lo importante ahora es que controlemos el dolor. Todo irá bien, vamos a estar aquí contigo. No te preocupes: te vamos a cuidar, y esto no es todavía el final.

A los pocos días vinieron a casa las chicas de la unidad de cuidados paliativos: una doctora y una enfermera. Las dos eran encantadoras, tan dulces, eran ángeles... Me sentí en paz y a salvo en sus manos. Me hicieron una larga entrevista, a mí y a mi familia, y explicaron toda la pauta de medicación y cómo administrarla.

Los dolores fueron aumentando y, aunque tenía medicación para controlarlos, me impedían ser realmente yo. A veces estaba enfadada, otras, desorientada. Me sentía como fuera de mí, como una mezcla de muchas sensaciones. A veces quería estar sola y me acostaba, pero a rato me levantaba y pedía estar en compañía.

Un día me sentí más lúcida y supe que quería hablar con cada uno de los miembros de mi familia. Me senté en la cama, frente a la ventana, y los fui llamando uno a uno.

A Mónica le dije:

—Te quiero. Tienes que ser fuerte, una mujer responsable. Ya no me tendrás a mí para sacarla de cualquier lío, pero sé que vas a estar bien. Cuida de Ainhoa.

A Ainhoa le dije:

—La abuela te quiere como si fueses una hija. Ya sabes que estoy muy orgullosa de cómo eres: lista, aplicada... y te quiero mucho. La besé con ternura.

A Juanma le dije:

—Siempre he estado muy orgullosa de la persona que eres, de todo lo que has logrado en tu vida, de tenerte aquí conmigo. Te quiero mucho.

A mi madre le dije:

—Te quiero. Gracias por estar aquí conmigo.

Aunque a ella le costaba expresar sus sentimientos, ambas nos emocionamos. Fue como un perdón no dicho.

A mi marido empecé a darle besos en la cara, en las manos, en todas partes. Era mi manera de decirle que lo quería.

La enfermedad continuaba su curso, apoderándose poco a poco de mi cuerpo. Mis ganas de vivir y de luchar ya no eran suficientes para vencer al cáncer. Entonces comprendí que aquello ya no era una batalla, sino una transición; no luchaba por sobrevivir, sino por vivir un poco más de tiempo junto a los míos. Comprendí que había llegado el momento de soltar, de aceptar, de entregarme a lo que venía.

Primero empecé a dejar de comer. Mi cuerpo ya no aceptaba alimento; no lo necesitaba. Sentía que algo se iba preparando de manera natural, como si todo en mi interior se ordenara para el viaje que estaba por llegar. Luego me fue envolviendo un sueño profundo. Dormía casi todo el día. A veces me despertaba por el dolor, pero enseguida la calma regresaba tras administrarme morfina.

De vez en cuando sentía la presencia de ellos: mis hijos, mi madre, mi marido. Se acercaban despacio, me hablaban al oído, y aunque a veces no podía contestarles, escuchaba cada palabra.

Mí último día, mis ángeles de cuidados paliativos vinieron a casa. Me pusieron una bomba de morfina y, poco a poco, fui entrando en un sueño muy profundo. Estaba en casa, rodeada por los míos. Sentía sus voces, sus lágrimas, sus manos aferradas a las mías. Pero mi alma ya comenzaba a desprenderse. No había miedo, solo una paz inmensa.

Tenía a mi familia junto a mí. Cuando mi alma se sintió preparada, se elevó de mi cuerpo. Entre lágrimas, me despedí con la mirada de mis seres queridos. Abandoné mi cuerpo, mi caparazón. Dejé atrás el Hogar de mi vida en la Tierra.

La luz me envolvió entonces, cálida, infinita. Me elevaba, no pesaba nada. Era amor, solo amor. Y supe que no me iba, sino que regresaba al verdadero Hogar, al lugar donde uno es todo.

CAPÍTULO 18

VOGLIO VEDERTI DANZARE

" E gira tutto intorno alla stanza mentre s

danza, danza.

—Franco Battiato

El 1 de marzo del 2020, mi familia, como era mi deseo, fue con mis cenizas al lugar que yo misma había elegido para que las esparciesen. Todos fueron llegando y aparcaron al pie de la montaña.

Aquella montaña... la que escalaba de pequeña cuando venía de vacaciones a casa de mis abuelos. Tantas veces jugué en ella buscando subir a su cueva. Más tarde, al regresar de Francia, la veí desde la ventana de mi habitación. Siempre me había atraído, como si una parte de mi alma supiera que estaría eternamente ligada a ella. Aquí, en este punto, reposarían mis cenizas.

Comenzaron el ascenso. Los más ágiles iniciaron la subida; mi madre esperó abajo, contemplando la escena. La subida era más ardua de lo que parecía, con abundantes piedras sueltas y obstáculos. A medida que avanzaban y se acercaban a la cumbre, el camino se hacía más difícil. Yo les transmitía la sensación de que mi paz estaba en cualquier punto.

Fue entonces cuando Juanma habló:

—La mamá no quiere que nos pase nada, no hace falta que subamos más. Este es un buen lugar.

Observaba la escena, suspendida junto a mi Guía, sintiendo que era el momento, se dirigió a mí diciéndome:

—Tras contemplar y revisar tu vida, ¿qué sendero eliges ahora Josefina? ¿Deseas reencarnar? ¿O vas a permanecer en el Hogar aprendiendo y sanando a otras almas?

—Por el momento, mi lugar sigue siendo el Hogar —respondí con serenidad—. Guiaré y asistiré a mi familia. Y llegado el momento los esperaré aquí, en su propia transición, para acogerlos. Pues yo soy su guía. Yo tenía que partir primero para que un profundo aprendizaje naciera en ellos y, al mismo tiempo, a través de ellos, también lo hubiera en mí. Ese fue nuestro pacto álmico. Así que los espero en este punto, mientras guío sus vidas.

Entonces, pusieron mi canción favorita: una versión de Aram
Malikian de "Voglio Vederti Danzare". Esa melodía era la que me ponía
cuando salía a caminar y la que me infundía fuerza y fe cada día. Y de
esa forma, con música y alegría, me despidieron.

Allí, junto a un matorral de tomillo silvestre, abrieron la urna.
Las cenizas, liberadas al compás de los violines, volaron con el viento
Libres sobre aquella montaña eterna.

Al descender la montaña y volver la vista atrás para contemplar
el lugar, les envié una señal.

Un gavián, un mensajero alado, revoloteaba en círculos donde
habían dispersado mis cenizas, y lanzó un grito que resonaba de
alegría.

Al mismo tiempo, un grupo de mariposas, pequeñas señale-
tálmicas, danzaba en círculos alrededor de mis seres queridos.

***Siempre estaré en vosotros.
Os guiaré.***

Agradecimientos

Gracias a mi familia.

A mis padres, por cuidarme y darme, siempre, lo que consideraron lo mejor para mí. Sin su empuje y su apoyo, no estaría hoy donde estoy.

A mi hermana, por todo lo bueno que me ha dado en esta vida.

Y a mi sobrina Ainhoa, que para mí es como una hija.

A mi abuela Plácida. Tras la partida de mi madre, ella se convirtió en un abrigo de consuelo, y juntos profundizamos en nuestra relación como nunca antes. Honro todo lo vivido contigo y todas esas miles de historias que hoy quedan plasmadas.

Por supuesto, a todos mis amigos: vosotros sois mi refugio y mi familia elegida. Vivo grandes momentos a vuestro lado, y espero seguir sumando más.

No puedo dejar fuera de este agradecimiento a Raquel Saez. Ella entró en mi vida —como en la de tantas otras personas— cuando el destino, o quizá la casualidad, así lo quiso. Gracias Raquel, por guiarme en mi despertar espiritual y ser una fuente de inspiración para mí.

Gracias a ti, lector o lectora, que sostienes este libro entre tus manos. Espero que te haya hecho sentir que, al final, lo importante es el amor.

Acerca del autor

Juanma Guerrero es una persona soñadora, espiritual y con un profundo deseo de ayudar a los demás en su camino. Esta es la primera vez que escribe. Sanitario de profesión, siempre ha sentido la vocación de cuidar, acompañar y guiar.

Este libro surge de la idea de homenajear la figura de su madre y su familia. A través de la escritura, Juanma ha podido sanar y ver con una nueva mirada los acontecimientos de la vida de su madre y de la suya propia.

Este libro se basa en hechos reales, en pasajes de ficción y experiencias de canalización, todo ello está escrito desde el más alto respeto y con profunda admiración por las personas que en él se representan.